

BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Domicilio de la *Institución*: Paseo del Obelisco, 14.

El BOLETIN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual: 10 pesetas en la Península y 20 pesetas en el Extranjero.—Número suelto, 1 peseta.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscriptores, recarga una peseta al importe de la suscripción.

AÑO XLVII.

MADRID, 31 DE MAYO DE 1923.

NUM. 758.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

Luis Vives y la Pedagogía humanista, por *M. A. Sluys*, pág. 129.—La enseñanza de la moral en los Institutos (*conclusión*), por *F. A. Coelho*, página 135.—El Instituto J. J. Rousseau: Sus hombres. Su obra, por *D. Pedro Rosselló*, pág. 139.

ENCICLOPEDIA

Pasteur: su vida y su obra narradas a los niños (*conclusión*), por *M. L. Descour*, pág. 146.

INSTITUCIÓN

IN MEMORIAM, Don Francisco Giner de los Ríos, por *Mr. John dos Passos*, pág. 154.—Corporación de Antiguos Alumnos: Cuenta de ingresos y gastos correspondiente al año 1922, leída y aprobada en la sesión del 18 de abril de 1923, pág. 159.—Libros recibidos, pág. 160.

PEDAGOGÍA

LUIS VIVES Y LA PEDAGOGIA HUMANISTA (1)

por el profesor hon. *M. A. Sluys*,

Presidente de la Escuela Superior de Pedagogía y de la Liga de la Enseñanza.

(Traducción de Federico Ortega, Inspector de primera Enseñanza.)

I.—EL HUMANISMO.

Los Países Bajos, y especialmente la región flamenca y brabantesa, adquirieron un grado prodigioso de esplendor durante el siglo XVI, que forma la transición entre

(1) Estos dos capítulos sobre el Humanismo y Luis Vives forman parte de un interesante estudio que, con el título de «La educación popular en Bruselas», publicó *M. Sluys* hace bastantes años en la *Revue de Belgique*, desaparecida después de la guerra. El úni-

co ejemplar de que disponía el ilustre pedagogo belga lo ha puesto amable y desinteresadamente a nuestra disposición, y gracias a su desprendimiento, podemos ofrecer a los lectores el presente trabajo, que no tendrá otros velos que los que involuntariamente haya acumulado nuestra impericia a los pensamientos profundos y a la dicción sobria y galana del autor.—(Nota del traductor.)

la Edad Media y los tiempos modernos. El mundo se había agrandado considerablemente por el descubrimiento de la ruta marítima de las Indias y de América; la imprenta, por otra parte, permitió multiplicar hasta lo infinito las obras de los pensadores, de los filósofos y de los escritores de la antigüedad profana, haciéndolas penetrar en todas partes y dándoles en adelante un carácter imperecedero. El espíritu humano, sobre la excitación de los descubrimientos y de las invenciones, adquirió una elevación de extraordinarios alcances.

En las provincias belgas había entonces 177 ciudades, 6.000 lugares y una población tan densa, que, al llegar allí por primera vez los españoles, no pudieron menos que exclamar: «¡Este país no es sino una sola ciudad! (1).» Bruselas era ya una de las más bellas y más ricas ciudades de Europa; contaba alrededor de 70.000 habitantes, considerable población para aquella época.

Los edificios públicos de la población brabantesa llamaban por lo suntuosos la atención de los extranjeros, en quienes despertaban sincera admiración: la Gran Plaza, con la maravillosa casa del Ayunta-

(1) G. de Henin, «Descripción de los Países Bajos». Manuscrito de la Biblioteca real. Al. Henne «Historia de Carlos V», I, 14.

miento, que la decora soberbiamente; la *Broodhuys* enfrente y los edificios de las corporaciones que la circundan, constituyen un foro de carácter artístico peculiar, único en el mundo. Los oficios habían llegado al apogeo de su poderío; los artistas flamencos y brabanteses estaban acreditados en todas partes por su incomparable habilidad y su buen gusto. Algunas leyes liberales, asegurando a los comerciantes extranjeros serias garantías, atrajeron a los puertos de los Países Bajos los barcos venecianos, que cambiaban los productos del Oriente y del Africa por los paños, los tapices, los lienzos, los cueros, los objetos de arte procedentes de los talleres de Bruselas, de Amberes, de Gante, de Brujas, de Lieja, de Dinant, de Valenciennes, de Malinas y de multitud de otros centros de producción. La marina de los flamencos, de los brabanteses, de los zelandeses y de los holandeses surcaba todos los mares conocidos; nuestras grandes ciudades rivalizaron en noble emulación por desarrollar y proteger la navegación, y con ella, los rápidos y remuneradores transportes. Amberes había suplantado a Brujas y a Venecia; en su puerto se acumulaban los productos de la India. La metrópoli del Escalda, «la ciudad conocida de todas las naciones», veía con orgullo su hermoso río ocupado algunas veces por 2.500 embarcaciones procedentes de todos los puntos del globo. El ilustre ingeniero Juan de Locquenghien, burgomaestre de Bruselas, comprendiendo la importancia que tiene para una ciudad la posesión de un puerto, había concebido la idea de construir el canal de Villebroek, que, llevada a feliz término, ayudó poderosa y eficazmente a la prosperidad de la población.

El viajero que recorriera entonces las campiñas de Flandes y de Brabante, no dejaría de admirar su cultivo excelente, llevado a un tal grado de perfección, que por ello fué conocida esta renombrada comarca con el famoso nombre de «jardín de Europa». El arte industrial acumuló verdaderas maravillas en las ciudades. Cuando se examina la perfección de las blondas, los muebles, los libros, las en-

cuadernaciones, los artículos de herrería, las tapicerías, las armas, y hasta simples utensilios de menaje del siglo XVI, admira el rasgo artístico que los caracteriza, el buen gusto de sus formas y de su ornamentación, tanto como la solidez y la excelencia de las primeras materias empleadas. Hallamos en esto la incontestable prueba de la alta cultura estética de las gentes artesanas en esta memorable época. Los talleres servían entonces de verdaderas escuelas aplicadas a la industria. En el más insignificante objeto usual surgido de las manos de los artistas flamencos, de Brabante y de Lieja, como una sierra, una aldaba, un baúl, una silla, lo agradable estaba siempre hábilmente combinado con lo útil. Por lo demás, todas las manifestaciones de arte se despliegan ventajosamente en los Países Bajos: nuestros músicos llevaron muy lejos el nombre del país; las obras maestras de nuestros pintores, de nuestros vidrieros, de nuestros grabadores y de nuestros orfebres ornaron las catedrales, los palacios municipales y eran muy solicitados en el Extranjero. La ciencia no era menos cultivada que las Bellas Artes, como lo atestiguan los trabajos de Simón Stevens, de Helmont, Mercator, Ortelius, Dodonée, Vesale y de toda una pléyade de ilustres sabios.

El soplo poderoso del Renacimiento provocó así por doquiera una superactividad intelectual extraordinaria. La vida se desbordaba. A la Edad Media pobre, sombría, triste, ascética, sucedió un período rico, dichoso, exuberante de energía, sediento de goces artísticos, literarios y científicos. Fueron estudiados y comentados los autores de Grecia y de Roma, se penetró en su espíritu, en su filosofía, y, naturalmente, hubo una rebelación contra la estéril escolástica, contra los profesores enfeudados a las viejas ideas, los programas anticuados, el vacío de las falsas ciencias. Los principios de educación de los antiguos, basados en la lectura de las obras de Platón, de Jenofonte, de Quintiliano y de Cicerón, hacían desplomar la bárbara pedagogía de la Edad Media. Los humanistas **hicieron** penetrar las ideas nuevas en las Universidades y en

las escuelas latinas. Las obras mejores de la antigüedad, concentradas por espíritus esclarecidos y multiplicadas por la imprenta, reemplazaban los indigestos manuscritos sobre los cuales habían palidecido tantas generaciones.

La necesidad de la instrucción era tan intensa, que en todas partes se fundaron escuelas. En Bruselas había veintisiete, de las cuales una era superior; seis, latinas; trece, flamencas, y tres, francesas o valonas, más las escuelas dependientes del clero: la de la iglesia de Sablon, que databa de 1486; la de la comunidad de Nazareth (1511), la de la iglesia de la Chapelle (1531); la de los Hieronimitas o Hermanos de la vida común (1515). Las Juntas de retórica, numerosas y potentes, contribuían a la cultura del pueblo y al desenvolvimiento de las ideas emancipadoras. El Libro, primera Junta de retórica bruselese, había sido fundada en 1401, **enarbolando** la divisa: «Orn betters wille.» Sucesivamente fueron creadas otras: «Flor de trigo, la Violeta, la Guirnalda de María», cuya enseña fué; «Jeud sticht deugd.» Más tarde surgieron el «Viñedo» y los «Poetas del toisón de Gedeón (*de Rymminacre van Gedeonsvlies*). Todas las ciudades flamencas de alguna importancia, lo mismo que numerosas poblaciones, poseían Juntas o Cámaras de retórica. Elevábase su número a doscientas, por lo menos, en los Países Bajos, a comienzos del siglo xvi. Estas Sociedades de amantes del arte daban representaciones públicas subvencionadas por los Municipios. Se declamaban versos de actualidad, se representaban bufonadas y misterios, eran organizados grandes y brillantes concursos periódicos, llamados *landjusveel*, que daban motivo a fiestas populares animadas, a justas oratorias pletóricas de alegría franca y comunicativa, a maravillosos cortejos que recorrían las ciudades entre una multitud inmensa procedente de veinticinco leguas a la redonda. El acompañamiento obligado de estas fiestas eran las libaciones y las comidas pantagruélicas. El pueblo de los Países Bajos ha tenido siempre fama por sus extraordinarias aptitudes gastronómicas.

Las Juntas de retórica constituían un modo de enseñanza popular muy poderoso. Divulgaban en el pueblo el gusto literario y trabajaban activamente por la emancipación de los espíritus, anatematizando o ridiculizando los abusos del Poder. Por eso fueron tan despiadadamente perseguidas por los príncipes. Estos buscaron, además, la manera de romper la organización comunal, para sustituirla por el sistema despótico y clerical, que acarreó la decadencia del país.

La imprenta, que había hecho grandes progresos en nuestro país, esparció los libros, los libelos y las canciones, que se vendían a precios relativamente muy baratos y penetraban por doquier. Tan favorables condiciones elevaron considerablemente el nivel de los estudios. Ludovico Guicciardini, que habitó durante 40 años en los Países Bajos y ha dejado de este pueblo una descripción detallada, dijo:

«Hay un gran número de personas letradas y sabias en todas las facultades y ciencias, entre las cuales ha habido, como todavía hay, muchos autores muy famosos; la mayor parte de las gentes tiene algún principio de gramática, y casi todos, incluso los aldeanos, saben leer y escribir. Además, el conocimiento de las lenguas vulgares les es, por otra parte, tan familiar, que constituye un caso digno de admiración, como asimismo que muchos de ellos, aunque no hayan salido jamás de su país, hablen, además de la lengua natural o maternal, otras varias lenguas extranjeras, especialmente el francés, que es para la mayor parte el idioma común y el familiar. Hay muchos que hablan alemán, inglés, italiano y español, aparte de otras lenguas diferenciadas de éstas. Su idioma natural, salvo en algunas comarcas donde se habla francés y alemán, es llamado flamenco por los extranjeros y teutón en latín» (1).

El español P. Cornejo, autor de una *Historia abreviada de las guerras civiles en Flandes* (2), dijo que las jóvenes de los Paí-

(1) Ludovico Guicciardini. Edición francesa. Amberes, 1566

(2) G. Chappus hizo una traducción francesa, en 1578.

ses Bajos «leen, escriben, alegan pasajes de la escritura y discuten asuntos de la fe como muy sabios doctores», y en un buen castellano católico y antifeminista añadió esta poco amable recomendación: «Lo que no se debiera permitir, como se hace, porque pertenece a los teólogos y a los que de las sagradas escrituras hacen profesión, tratar y discutir de tal manera, y no a las mujeres, de quienes son cosas propias la rueca y el huso.»

Los hijos de los señores y de los burgueses ricos iban a continuar sus estudios a las Universidades de Lovaina, de París y de Padua, donde el espíritu nuevo penetraba, a pesar de las resistencias de los viejos profesores apegados a las rutinas escolásticas.

* * *

Numerosos son los escritos del siglo XVI que hacen el proceso en regla de los métodos anticuados y presentan nuevos planes para la cultura intelectual y moral. En Francia, Rabelais, Ramus y Montaigne ocupan el primer lugar entre los críticos de los programas y de los métodos de educación legados por Edad Media y claman enérgicamente hacia una orientación racional de la educación. Especialmente, Rabelais es el iniciador de la educación integral, que debía ser puesta en boga más tarde e inspirar la pedagogía del siglo XVIII y del XIX. En Italia, la reforma de los estudios, propuesta ya en el siglo XV por Victoriano de Feltre, es defendida por Jaime Sadolet, Obispo de Carpentras y Cardenal, quien publicó en Venecia, año 1553, el tratado de educación intitulado *De liberis recte instituendi liber*, que abre el cauce a la pedagogía humanista. En los Países Bajos, los Hieronimitas sufrieron la influencia del humanismo por Juan de Wessel, de Groninga, quien añadió al estudio de la Biblia, que había sido hasta entonces la sola base de la educación, el de las obras de Ovidio, Horacio, Terencio, Plutarco, Salustio, Tucídides, Herodoto, Justino, Aristóteles, Platón, Cicerón, San Agustín, Crisóstomo, Gregorio, Bernardo y de Hugo de San Víctor. Su discípulo

Agrícola, que estudió en Lovaina, París e Italia, hizo penetrar la reforma en Alemania. Hablaba, según decía Erasmo, el latín y el griego como su lengua maternal y conocía a fondo la filosofía y la música. Su reputación estaba tan sólidamente cimentada, que fué invitado por su amigo Barberiano a tomar la dirección de una escuela en Amberes, a cuya invitación le contestó:

«Se quiere confiarme una escuela; es éste un asunto demasiado difícil y por demás enojoso. Una escuela se parece a una prisión en los golpes, el llanto y los gemidos sin fin. Si en alguna cosa veo un nombre contradictorio, es en la escuela. Los griegos la llamaron *schola*, placer, recreación, y los romanos, *ludus litterarius*, juego literario; pero nada hay como la escuela que esté más alejado de la recreación y del juego. Aristófanes la denominó *frontisterion*, es decir, lugar de inquietud, de tormento. Y ésta es su denominación más exacta. «En verdad, es la descripción de la escuela de la segunda mitad del siglo XV.» Agrícola añade:

«Es preciso inducir a los ciudadanos de Amberes a dedicar el más exquisito cuidado en la elección del director de la escuela. No hace falta un teólogo ni un pseudo-retórico que se imagine poder hablar de todas las cosas sin comprender nada de la elocuencia. Tales gentes hacen en la escuela la misma figura que un perro dentro del baño, según asegura un proverbio griego. Os hace falta un hombre que se asemeje al fénix de Aquiles; es decir, que sepa instruir, hablar y hacer. Si encontráis un tal hombre, es preciso hacerlo venir, cueste lo que cueste, pues se trata del porvenir de vuestros hijos, cuya ternura infantil recibe con tanta facilidad la huella del bien o del mal que se le presenta.» Aconseja a su amigo que enseñe la Filosofía, apoyándose en las obras de Aristóteles, Cicerón y Séneca, en la Historia y la Biblia. Esta contiene las direcciones de la vida. Su método consiste en traducir los clásicos a la lengua materna, en meditar desde el principio en lengua vulgar el asunto de estudio y después traducirlo, mejor dicho, escribirlo en latín; el ejercicio de

composición—dice—es el más importante: «Cuando no producimos nada, todo lo que hemos aprendido permanece como muerto en el espíritu.»

Erasmus.—Juan de Wessel y Agrícola son los pedagogos de la transición entre la antigua escolástica y el Renacimiento; para ellos, la Biblia permanece todavía como la base de toda la educación. Erasmo rompe completamente con la Edad Media. Espíritu libre y abierto, enamorado de la literatura profana, ejerció una influencia muy grande sobre la reforma de los estudios. No era, sin embargo, un innovador osado, radical y fuerte, como Rabelais. No fué más allá que éste dentro de la vía racionalista en materia pedagógica; él no concibió, como el abad de Meudon, un vasto plan de educación integral; no comprendió tampoco el valor educativo de la ciencia y de los trabajos manuales. Crítico sutil, admirador apasionado y exclusivo de los escritores de Grecia y Roma, su programa fué, sobre todo, literario. Representa mejor que ningún escritor de su época la pedagogía humanista, la cual considera la literatura antigua como el medio esencial de educación intelectual y moral. Comenta, amplía y desarrolla los principios de pedagogía que encuentra en sus autores favoritos.

Reprodujo los preceptos de Plutarco y Aulo-Gelio; recomendó a las madres que amamasen a sus pequeñuelos. Quintiliano halla en él un admirador que vulgariza sus instrucciones relativas a la primera educación de los niños: éstos deben jugar mucho; las lecciones serán interesantes, un verdadero juego; nada de férula, nada de *cocos* para amedrantar a los muchachos. Las clases deben ser alegres, los maestros deben ser dulces y benévulos. ¡Qué les inculquen el amor a las bellas letras, la admiración a las cosas grandes y a los grandes hombres! Erasmo rejuvenecía así la Pedagogía de Quintiliano, tarea nada inútil en un tiempo en que, según el testimonio de todos los que han hablado de las escuelas, los programas eran bárbaros y la disciplina estaba fundada sobre la tortura del cuerpo y el embrutecimiento del espíritu. Pide para la mujer una instrucción

sólida y varia, y a este título es un innovador, puesto que los antiguos no pudieron inspirarle en esta materia, y sus predecesores inmediatos apenas habían reconocido a la mujer el derecho a la instrucción.

Erasmus insiste con frecuencia sobre la necesidad de no abandonar al niño con el pretexto de que nada puede enseñársele: «Se me dirá que los niños pueden hacer en los primeros años poca cosa; pero este poco, ¿es una razón de haberlo hecho ya cuando es indispensable al resto, a los demás, para los cuales es de grande importancia?»

Hablar correctamente es un asunto tan importante, que bien vale la pena de preocuparse del mismo desde la primera infancia: «Crisipo—dice—concede tres años a las nodrizas; pero esto no quiere decir que durante este período la educación del párvulo sea nula, especialmente en lo que atañe a la moral y a la lengua materna; sólo que, a su entender, se deben emplear medios cariñosos para preparar al niño a la virtud y al saber. Esta es cuestión que corresponde a la actividad, ya de las nodrizas, ya de los padres cuyas costumbres—¿quién lo duda?—ejercen una influencia extrema sobre la educación del niño. Y como la primera cosa que los niños deben aprender es a hablar de una manera neta y pura, las nodrizas y los padres no contribuirán poco a conseguir este fin. Este principio de la educación no importa mucho solamente por la elocuencia, sino también por el juicio y para el estudio de todas las ciencias, pues la ignorancia de las lenguas es lo que ha ahogado y corrompido en nuestros días los conocimientos en todos los órdenes.»

Ningún exceso en la alimentación, nada de manjares condimentados con especias. Esto no conviene a los niños. Erasmo fustiga a los padres «que hacen sentar a los pequeños en banquetes o festines sobrecargados de platos y que se prolongan muchas veces demasiado tarde durante la noche». Y también a los que «ciñen y entumescen sus miembros pequeños y delicados dentro de trajes ridículos e incómodos por exhibición y vanidad, así como se disfrazan

un mono con traje de hombre; no saben qué hacer para afeminar el cuerpo de sus hijos y no se *compadecen* de su salud sino cuando se trata de la instrucción; es decir, de la más saludable y más necesaria de las cosas».

Quiere que se instruya a los pequeños por medios que hagan del estudio una distracción y no una pena. «Esta edad quiere ser reducida por atracción, puesto que no puede comprender la cantidad de provecho, de honor y de alegría que la instrucción le procurará más tarde.»

Es preciso, pues, elegir maestros que «sepan ganar al niño por la dulzura y la afabilidad y posean esa habilidad ingeniosa que les hará imaginar diferentes procedimientos propios para hacer atractivo el estudio al niño e insensible la fatiga. Los maestros toscos hacen tomar aversión al estudio. Atrás esos dómnes «tan desagradables en sus modales, que a sus mismas mujeres les serían repulsivos, incapaces de una palabra afable. Se diría que las Gracias les volvieron la espalda al nacer. A tales gentes apenas querría yo confiarles caballos salvajes para domarlos; a esto equivale, en mi opinión, poner en sus manos delicadas criaturas que todavía sienten en los labios el dulzor de la leche materna. ¡Y son esos los hombres a quienes algunos juzgan muy adecuados para formar la infancia, creyendo que intratable zopenco quiere decir maestro irreprochable! No hay razón para fijarse en la catadura; bajo sus apariencias patibularias, frecuentemente se ocultan costumbres inconfesables, y el pudor impide el decir en provecho de qué villanías esos hombres crueles explotan muchas veces el terror que inspiran a los niños». Este retrato del dómne disciplinante del siglo XVI es poco lisonjero; pero debe ser cierto, puesto que Rabelais, Montaigne y muchos otros nos lo presentan bajo esos rasgos horrorosos.

«Es preciso hacerse amar para dirigir a los niños», tal es el principio de la pedagogía humanista. Y en veinte pasajes, Erasmo condena «esas escuelas, lugares de tortura, donde no hay sino palmetas que crujen, azotes que cimbran, gemidos y so-

llozos, amenazas horribles que resuenan», y esos maestros que no saben sino divorciar a los jóvenes del estudio, y sus programas bárbaros, que no enseñan nada, si no es a hablar mal, no dejan más que el triste recuerdo de los mejores años perdidos.

Erasmo pide que se amolde la enseñanza a la débil naturaleza del niño, que se redacte un programa graduado que vaya presentando paulatinamente las dificultades una a una, en forma atractiva, exigiendo un esfuerzo continuo, pero moderado, que no fatigue y que asegure el progreso intelectual sin peligro para la salud. Recuerda a los profesores el aforismo de Plinio: «Acuérdate de que es un adolescente y que tú lo fuiste antes.» Lleva hasta la exageración su teoría de la enseñanza por *el atractivo*. Así, aconseja la aplicación de ciertas prácticas de los antiguos, «los cuales modelaban en forma de letras las golosinas preferidas por los niños, haciéndoles ingerir insensiblemente el alfabeto». Afirma que por este procedimiento y otros de la misma especie, un niño puede aprender en pocos días la forma y el nombre de las letras del alfabeto, «mientras que los maestros ordinarios, con grande refuerzo de golpes, de amenazas e injurias, emplean tres años o más en hacerlas entrar en la mollera de sus discípulos».

Esta rebusca ingeniosa, pero pueril, de medios atractivos para enseñar los primeros elementos caracteriza bien el humanismo del siglo XVI, que ama la vida por sí misma, desea que la infancia sea feliz, que aprenda sin tormento, a fin de que pueda más tarde gozar sin amargura los encantos de la literatura y de la filosofía. A la sombría concepción mística de la Edad Media, a su educación dura, bárbara, que, mirando la vida eterna, consideraba la tierra como un valle de lágrimas y la existencia como una expiación, Erasmo, como Rabelais y Montaigne, opuso un ideal de dicha humana, que es preciso asegurar para la infancia mediante una educación que desarrolle sus facultades sin deprimirlas, preparándola a comprender y disfrutar los encantos de la Naturaleza y del Arte. El respeto a

la dignidad del niño, el horror a todo lo que es vil, bajo, degradante; el amor a las bellas letras, a la Naturaleza, a las artes liberales, la aspiración a la vida superior del espíritu: tal es el ideal de la educación del gran humanista. Ciertamente que Rabelais tiene una concepción más completa y más profunda de la educación, puesto que añade al estudio de las letras y de las bellas artes la cultura de las aptitudes técnicas para los trabajos manuales. El pedagogo francés comprendió mejor que Erasmo que la educación debe desarrollar armónicamente todas las facultades humanas, señalar a la vez y al mismo tiempo el *saber* y el *saber-hacer*, la teoría y la práctica. Erasmo, que ha protestado con tanta energía como Rabelais y Montaigne contra los castigos corporales y los métodos embrutecedores, reclamó, por otra parte, para la mujer, hasta entonces desconocida y sacrificada, el derecho a una instrucción tan completa como la del hombre. En uno de sus coloquios, el abad *Anthronius* se burla de Magdala, a quien encuentra llevando un paquete de libros griegos y latinos. «Es una opinión recibida —dice— que una mujer que sepa el latín es una cosa rara e insólita.» Y ella le contesta: «¿Qué, me tilda usted de vulgar, el peor de los consejeros? ¿De la costumbre que justifica toda mala práctica? Es preciso habituarse a las cosas excelentes; así, lo que es insólito será familiar; agradable, lo que contrariaba; honorable, lo que pasó como inconveniente.»—*Anthronius*: «Los libros hacen perder a las mujeres la poca inteligencia que tienen.»—*Magdala*: «No sé si ustedes, los hombres, la tienen; yo prefiero consagrarla a estudios útiles y no a plegarias que se musitan sin que tome parte el espíritu, ni a festines nocturnos, ni a proezas de bebedor.»—*Anthronius*: «No quisiera ser el marido de una mujer sabia.»—*Magdala*: «Y yo me felicito de tener un marido que no se parece a usted, pues por sabia que yo sea, me es más querido y le amo más todavía.»—*Anthronius*: «Es preciso tomarse una zozobra infinita para llegar a ser sabio, después la muerte viene.»—*Magdala*: «Dígame, hombre ad-

mirable, si usted debiera morir mañana, ¿qué le gustaría más, morir sabio o necio?»

He aquí las doctrinas dignas de nuestro tiempo y aun de tiempos mejores que el nuestro. ¡Mas, cuán lejana y cuán a tientas marchaba su aplicación todavía en el siglo xvi!

(Concluirá.)

LA ENSEÑANZA DE LA MORAL EN LOS INSTITUTOS

por F. A. Coelho,

Profesor honorario de la Institución Libre de Enseñanza.

(Conclusión) (1).

2.^a questão.

Uma parte tam importante da educação, pelo que respeita ao papel que nela há de representar a escola, e no caso especial o liceu e, no mais especial, que suscita esta consulta, o liceu feminino, não deve ser deixada ao acaso, à exclusiva influência dos acidentes fortuitos da vida liceal, embora por diversos lados dependa destes; carece duma orientação geral, nos limites do razoável, que regularize e facilite aos professores e muito especialmente aos reitores ministrar essa educação.

A comissão que seja encarregada de formular os programas liceais, quando se entenda substituir os que estão em vigor, formulará o novo programa de ensino moral e as respectivas instruções e êsses programas serão todos submetidos ao exame do Conselho Superior de Instrução Pública.

E preciso distinguir, nesses programas e instruções, três partes:

1.^a A que respeita à educação pelo hábito e que resulta principalmente da disciplina e ordem do trabalho e em geral da vida escolar, e não dispensa regras e imperativos, em regulamentos, editais, avisos de viva voz, etc.

2.^a A que resulta indirectamente das disciplinas do programa, além da moral propriamente dita, como disciplina especial.

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

3.^a A educação pelas ideias ou ensino moral propriamente dito.

Há uma questão prévia, relativa ao programa e instruções para o ensino, que nos interessa aqui e que parece ter resposta subentendida, mas que não o é realmente: ¿Que moral deve ensinar-se?

Há, sem dúvida, imanente em a nossa cultura europeia (e nela entra a cultura dos povos cultos derivados da Europa) e ainda em parte da cultura de povos doutras estirpes, uma moral concorde em grande número de pontos; mas hoje pertence aos mais elementares conhecimentos que a moral varia com os tempos e os lugares, que há uma evolução moral, como uma evolução estética, como uma evolução intelectual e não é raro ser um mesmo acto apreciado, do aspecto moral, diferentemente, por diversos indivíduos, por exemplo o duelo, o suicídio, a escravatura; sabe-se com que brandura são considerados em geral os crimes chamados passionais e nalguns casos até pela lei, como o assassinio da adúltera ou do seu cúmplice ou de ambos, colhidos em flagrante delicto. Kant condenou a mentira em todas as circunstâncias e Benjamin Constant suscitou a célebre questão se não seria permitido moralmente mentir por humanidade e presentemente os moralistas tem muito menos rigor para a mentira em muitos casos do que os seguidores de Kant.

Há entre os pedagogistas uns que tomam por base, modificando-a mais ou menos, a moral Kantiana, por exemplo o citado Paul Barth e o falecido Henri Marion no seu belo livro de moral para as escolas normais femininas (*Leçons de moral, en Fontenay-aux Roses*, Paris, 1882); a moral de Herbart é ainda seguida pelos pedagogistas da sua escola, dos quais presentemente o mais notável é Wilhelm Rein. Os sistemas, chamados imoralistas, como a pseudo moral do único (Max Steiner, pseudónimo de Gaspar Schmidt, ou do sobre-homem) são curiosidades sem influência prática, pelo menos geral.

É verdade que no todo as mesmas virtudes humanas são reconhecidas na Europa culta e na sociedade americana; é no modo

de as fundamentar que divergem os variados sistemas. Se não é supérflua uma dedução circunstanciada, como diz Barth, das virtudes, convém todavia um princípio ordenador em que os principais éticos se achem de acôrdo. A fórmula dada por Kant na sua *Metafísica dos costumes* é excelente para êsse fim.

Esse filósofo aponta dois fins compreensivos dos quais todos os outros derivam: *O próprio aperfeiçoamento e a felicidade alheia.*

Mas a felicidade alheia não é para Kant a condição da própria; o aperfeiçoamento consiste especialmente na abnegação com que se trabalha pela felicidade alheia. Nisto diverge o kantismo do utilitarismo benthamiano; mas a felicidade do indivíduo não é excluída: surge como efeito secundário da abnegação, do dever cumprido.

Os fins da acção referidos tornam-se um critério para a formulação dum programa da educação moral, que se diz também educação da vontade, *da boa vontade*, da vontade moral que aspira a realizar aqueles fins.

Pensam alguns pedagogistas que a educação pelo hábito e pelos ensinamentos casuais, sem sair do quadro da vida do liceu (em geral do Instituto Secundário) e dos programas de ensino, sem o haver especial da ética, basta ou é a que compete ao ensino secundário ministrar. É grande a importância dessa educação e devem ser indicados num momento os pontos principais a que ha de atender-se nela e que julgamos ser os seguintes:

Para o aperfeiçoamento do indivíduo: Desenvolvimento da vontade e inibição de actos contrários a êsse aperfeiçoamento. Domínio sôbre si, o *self government* dos pedagogistas ingleses. Rigidez para consigo próprio, endurecimento. Auto disciplina. Pontualidade. Ordem. Diligência (zêlo). Limpeza. Espírito de iniciativa. Esfôrço. Constância. Perseverança. Brio. Honra. Aspiração ao progresso. Sentimento de dignidade, de personalidade. Reconhecimento dos erros, disposição para os emendar. Coragem. Modéstia. Exactidão.

Sentimentos a desenvolver entre os

discípulos: Cortesia sem exagêro falso. Benevolência. Sentimento igualitário, sem desconhecimento das diferenças de mérito. Justiça. Franqueza. Lialdade. Simpatia.

Sentimentos recíprocos de discípulos e professores: Veracidade. Justiça. Cortesia. Respeito mútuo. Imparcialidade.

Sentimento fundamental dos discípulos para com os professores: Obediência resultante da convicção.

Meios para conseguir êsses resultados: 1. Da parte da escola em geral. Condições higiênicas irrepreensíveis. Disposições materiais que permitam a fácil vigilância. Dependências e institutos complementares em boas condições. Perfeita regularidade em toda a vida escolar. 2. Da parte do corpo docente: Exactidão. Pontualidade. Saber sem pedantismo. Paciência. Energia temperada pela brandura. Imparcialidade máxima na apreciação dos discípulos. Capacidade de ganhar confiança. Só em casos de grande gravidade o professor manifestará indignação e em casos extremos a cólera, fazendo em geral uso moderado do louvor ou da censura.

O programa escolar e em geral os exercícios escolares: São um meio capital, no seu conjunto e em grau de intensidade vária, segundo a sua natureza, para a educação moral. A gymnástica, os desportos tem grande valor, mas carecem de muito tato da parte de quem dirige êsses exercícios, assim como os trabalhos manuais e as excursões escolares, para que não produzam resultado negativo. O mesmo se dá com a organização das sociedades escolares, cujo ponto culminante esta no que se chama a República Escolar, que se adapta, sobretudo, a internatos e para que é cedo talvez, dadas as condições da nossa mocidade escolar.

Esse quadro será completado com um resumido enunciado da matéria que há de constituir a doutrina moral, a qual convirá desenvolver num livro, auxiliar do professor, cuja explicação não dispensará, e da memória do aluno.

3.ª Questão.

O que precede basta para mostrar que o programa adoptado em 1906 para o ensino da moral no Liceu de Maria Pia tem grandes lacunas, pois não se refere à educação moral pelo hábito, além de que é falho de base psicológica e mal organizado em todos os sentidos, desconexo e abstracto.

Fala-se ainda nele de direito natural, quando do quadro da Faculdade de Direito já desapareceu o chamado direito natural.

O sindicante do liceu de Maria Pia teve razão em julgar que êsse programa não convinha para as alunas da 1.ª classe, e melhor diria ainda que não convinha para nenhuma classe.

O ensino moral, como êle se acha representado nalguns livros franceses conhecidos entre nós e a que não falta mérito, tem sido criticado por alemães e ingleses em pontos essenciais, por certo com razão. O Dr. Fr. Förster, a quem se devem importantes obras sôbre e para o ensino da moral, disse, em relação aos livros escolares franceses para êsse ensino, que êles dão o preceito abstracto, sem o desenvolver, das «leis da vida», que não sabem fazer partir dos motivos naturais e sem pôr a lei em relação com êles; mas procedem como se quisessem dizer às crianças: ¡deves amar a natureza! sem ao amor já existente nelas pela natureza ligar êsse preceito e chamar a atenção da criança para belezas que esta ainda não notou, de modo que êles não entram nas particularidades concretas e além disso o excesso de zelo nacional que os franceses patenteiam nos seus livros de moral abre em grande parte à paixão as portas onde ela deva ser combatida. E Förster cita um passo dêsses livros em que se excita o ódio contra os alemães.

Com relação aos livros dêsse género devidos a Compayré e que são dos melhores em língua francesa, diz o mesmo Förster que êsse ensino moral se acha no mesmo grau de desenvolvimento que o ensino de carácter puramente morfológico em biologia; pois, como êste apresenta as for-

mas naturais desenvolvidas e imobilizadas, aquele apresenta as formas desenvolvidas, imobilizadas da moral como um museu de virtudes embalsamadas.

Numa conferência sobre *O método positivo no ensino da moral*, recentemente publicada, e devida a M. Berthonneau, inspector do ensino primário em Paris, achamos algumas indicações úteis, que estão em oposição com o modo de doutrinar dos livros franceses aludidos. Assim diz esse funcionário: «E nos acontecimentos e interpretações conhecidos e aceites por toda a gente que iremos buscar as nossas regras de proceder. É à consciência colectiva, que não é outra coisa senão «a sabedoria das nações», que preguntamos como devemos proceder». «Em lugar de apresentar preceitos como regras infalíveis, queremos fazê-las descobrir pelas crianças».

Mas como na escola não pode fazer-se observar tudo, recorre-se às experiências que a criança tenha feito ou visto praticar fora dela e àquela que os livros tenham recolhido, levando as crianças a reflectir sobre todas.

Förster escreveu, com esse último fim, dois livros de mérito geralmente reconhecido, um de que fez uso com criança de onze anos, intitulado *Lebenskunde* e outro para alunos mais adiantados em idade, sob o título de *Lebensfuhrung*, que poderiam servir de modelos, em parte, para obras destinadas às nossas escolas e empregadas nelas como auxiliares para professores e alunos. A sua leitura, pelo menos, não pode deixar de ser indicada aos que dirigem a educação da nossa mocidade.

4.ª Questão.

¿Está o programa enviado pelo sindicante em condições de ser adoptado?

Começa esse programa pela seguinte inscrição: «Noção intuitiva do bem e do mal».

As «noções» ou *conceitos* devem ter por base intuições disse Kant: «Intuições sem conceitos são cegas. Pensamentos sem intuições são vazios». Mas uma «no-

ção intuitiva» não se entende o que possa ser. Entre a intuição e a noção ou conceito medeia uma operação superior, a abstracção ou a generalização: há conceitos gerais e conceitos abstractos. O *summum bonum* foi objecto de altas especulações de filósofos.

Começar por uma noção dominante parece contrário ao processo do desenvolvimento normal da criança. Preguntar-se a esta ou: «¿Dize me o que achas bem?», por certo daria lugar a respostas estravagantes, e o mesmo sucederia formulando a pergunta doutro modo: «¿Que acção achas boa?» ou «¿Que acção praticada por F. achas boa?» ou, exemplificando: «F. fazendo isto ou aquilo ¿andou bem?» «Esta ou aquela acção é boa?» Förster, no livro *Lebenskunde*, parte dum caso simples, tirado da vida dos rapazes, exemplificando o *domínio de si mesmo* e deriva dessa virtude capital outras virtudes, empregando o mesmo processo de partir de casos concretos, de experiências da vida, da vida humana como da dos animais, de fenómenos da natureza, etc.

No programa proposto segue: «A verdade e a mentira. As causas da mentira: a covardia, a vaidade, a preguiça e o ódio». ¿Como se passa das ideas do bem e do mal, particularmente para a da mentira?

Não é, pelo menos, fácil de entender.

¿E são aqueles todos os móveis da mentira?

O reformador L. Gurlitt, no seu livro recente *Erziehungslehre* tratou mais uma vez dos *defeitos* das crianças, assunto muito versado dos pedagogistas, e ali apresenta sobre a mentira e seus móveis algumas observações originaes, e entre elas a menção duma forma de mentira muito da natureza da criança: a «mentira de imaginação (*Phantasieluge*)», que está longe de poder ser condenada.

Depois o programa proposto salta para a «Distinção entre o dever e o interêsse». Mas o interêsse pode ser individual, egoísta ou social e pode formular-se uma *moral inteira* dominada pela idea do *interêsse*, da *utilidade* social.

O programa não distingue ou melhor não

separa o que pertence à educação pelo hábito do que pertence à educação pelas ideas, pelos preceitos, como por exemplo na inscrição: «A responsabilidade. Desenvolver êste sentimento nas alunas fazendo-o salientar em todos os actos da vida escolar como elemento precioso para a formação do carácter.

Entre os «deveres para consigo mesmo» encontramos «as superstições» e a seguir: «Provar às alunas que a dignidade consiste na forma por que cada um cumpre o seu dever e que o respeito de si próprio força o respeito dos outros».

O programa proposto não pode ser aceito, pelo menos como está.

5.^a Questão.

Existindo uma comissão do reforma do ensino secundário, que terá de formular os programas do ensino, tanto dos liceus do sexo masculino como do feminino, incumbirá a essa comissão, portanto, redigir o do ensino moral, e se fôr julgado urgente, poderá proceder desde já a essa redacção, assim como à das respectivas instruções; está, portanto, naturalmente indicada para levar a efeito êsse trabalho a dita comissão.

EL INSTITUTO J. J. ROUSSEAU SUS HOMBRES. SU OBRA

Sugestiones que para nuestro país
pueden derivarse de su funcionamiento (1),

por D. Pedro Rosselló

Quien quiera enterarse al pormenor de cuáles fueron los móviles que impulsaron al Dr. Claparède para crear en 1912 el Instituto J. J. Rousseau puede leer en el artículo que, con el título de «Un institut des sciences de l'éducation et les besoins auxquels il répond», publicó él mismo en el tomo XII de los *Archives de Psychologie*,

(1) Trabajo leído en la segunda sesión de estudio celebrada por la «Asociación Española del Instituto J. J. Rousseau».

poco antes de que la Institución abriera sus puertas, artículo que encabeza con aquellas palabras de Rousseau que le son tan caras: *Empezad, pues, por estudiar a vuestros alumnos, pues de seguro que no los conocéis.*

¿Cómo explicarse que fuera un profesor de la Universidad, de la Facultad de Ciencias, un psicólogo, un médico, y no un maestro, un profesor de Escuela Normal, un inspector, el fundador del centro que más ha hecho, sin duda, en Europa en pro de la preparación de los educadores y del progreso de la Pedagogía?

Hace 11 años, al frente del Laboratorio de Psicología Experimental y de las dos cátedras de Psicología de la Universidad de Ginebra, se encontraban dos hombres célebres ambos en el mundo de las ciencias. Era el uno Théodor Flournoy, el gran amigo de William James, y conocido por sus trabajos de investigación sobre el hipnotismo y el espiritismo, y era el otro el Dr. Claparède, no menos conocido ya, a pesar de su juventud, por su teoría sobre el sueño, por sus artículos sobre psicología comparada, y, finalmente, por su obra que, al ser aplicada más tarde, debía alcanzar la celebridad mundial, *Psicología del niño y Pedagogía experimental.*

La Psicología había encontrado un filón riquísimo de estudio en todos los fenómenos de desarrollo que caracterizan a la infancia, filón que debía resarcir a los psicólogos del desencanto sufrido con la Psicofísica. Claparède había visto la amplitud y promesas del nuevo campo y se había dedicado, como tantos otros, a su exploración. Lo que sí sintió más que los demás fué, sin duda, la necesidad de encontrar a la ciencia que venía cultivando una aplicación inmediata. Quizá el ambiente pragmatista que se respiraba en el laboratorio no fuese del todo ajeno a esta manera de pensar.

A Claparède, tanto como los estudios psicológicos, le ha preocupado siempre el para qué podrían servir estos estudios.

No creemos, sin embargo, que tuviese que meditar mucho para ver con claridad meridiana a qué fin práctico debía tender

la labor de investigación psicopedagógica que realizaba.

Le bastaba con abrir el libro inmortal, del que sólo al cabo de 200 años sería por fin «profeta en su patria», para tropezarse con la respuesta: *Empezad, pues, por estudiar mejor a vuestros alumnos, pues seguramente no los conocéis.*

Por una ironía de las cosas de este mundo, debía ser él, un profesor de la Universidad, uno de los primeros en dar cumplimiento en su país al mandato que su compatriota había dirigido a los maestros y a los educadores en general.

¿Por qué no se habían adelantado estos a cumplirla? La respuesta era bien clara. Los maestros y los educadores no conocían al niño, porque no había quien les hubiese enseñado a conocerlo.

Esta reflexión fué la que llevó al doctor Claparède a la concepción de la idea de fundar un centro en donde los educadores pudieran aprender a conocer al niño, para mejor educarle, aprovechando la primera ocasión propicia para realizar su plan.

Y ya no son los problemas puramente psicológicos los que acaparan únicamente su atención, como ocurría en sus primeros años de profesorado. El Dr. Claparède se asoma a la escuela, y al verla sumida en la más desesperante de las rutinas, siente su espíritu de científico y su corazón de hombre rebelarse ante los errores pedagógicos de que hacemos víctimas a los pobres e inocentes niños, y en contra de los cuales habían ya vanamente alzado su voz Rousseau y otros tantos pedagogos.

Claparède se escandaliza al ver que aquellas verdades rousseauianas de que *el niño debe ser para la escuela y no la escuela para el niño y que el niño debe ser el centro alrededor del cual gravite la escuela* continúan en pleno siglo XX inéditas y siendo una pura aspiración.

¿Culpa del maestro? Injusto suponerlo. ¿Del Estado? El preocuparse de querer extender la educación a todos los rincones les ha hecho olvidar la esencia del problema pedagógico.

Aun queriéndolo, los gobernantes se habrían visto imposibilitados de hacer esta

reforma, por faltarles el apoyo de la opinión, la cual dista todavía mucho de aceptarla sin escrúpulo.

Es que las verdades pedagógicas carecían de la base científica que poseen las demás disciplinas que han logrado imponerse. Rousseau nos habla de esta base científica, pero él no pudo darla, como tampoco nos la dió más tarde Herbart, a pesar de su concepción genial.

Había que esperar a que surgiera el método experimental para que pudiese ser una realidad el sueño de la Pedagogía científica.

Habiendo este método de investigación hecho ya con éxito sus pruebas, faltaba solamente la creación de organismos adecuados (institutos, escuelas, oficinas, etc.), con funcionarios y personal apto para la investigación, que se encargase de recoger los datos, en estrecha colaboración con los educadores, y de estudiarlos y tratar de deducir de ellos conclusiones prácticas o, a poder ser, las leyes científicas que regulan el proceso de la educación.

Teniendo en cuenta todas estas consideraciones, Claparède proyecta en 1912 su Instituto, asignándole el cuádruple carácter que veremos a continuación:

El Instituto Rousseau como Escuela. Debe iniciar e incitar a la investigación a los futuros educadores que tengan aptitudes para ello. Más que enseñar lo que se sabe, tendrá que señalar lo que no se sabe y qué camino hay que seguir para descubrirlo. Método este excelente como medida profiláctica contra el dogmatismo y el pedantismo, enfermedades que tantos estragos causan entre el Cuerpo docente.

El Instituto Rousseau como centro de investigaciones.—La mayoría de los experimentos necesitan basarse en grandes cantidades de datos y documentos, que hay que recoger, clasificar, comparar, etc. Es obra de colaboración y que debe estar centralizada en una institución que cuente con medios adecuados para realizarla.

El Instituto Rousseau como centro de informaciones.—Resolver las dudas que a los educadores se presentan en el ejercicio de su carrera, publicación de una re-

vista técnica, creación de un museo escolar (la escuela a través de los tiempos); un servicio de consultas pedagógicas y médico-pedagógicas, etc.

El Instituto Rousseau como centro de propaganda.—Crear un ambiente alrededor de las cuestiones de educación y proclamar los derechos del niño. Conquistar a la opinión, a fin de imponer las nuevas ideas, etcétera. No hay que decir que el principio de trabajo que debería informar toda la labor docente de este centro tenía que ser forzosamente la de la actividad espontánea del alumno; nada de programas impuestos, y que el alumno sea un puro ser receptivo en forma de máquina de tomar notas. Los cursos tendrían todos la característica de verdaderas sesiones de trabajo, y toda teoría deducida de los hechos experimentados deberá pasar por el tamiz de la comprobación en las instituciones anejas que se crearan.

Tal era la concepción del Dr. Claparède. Los hechos han venido a demostrar más tarde que había visto claro y que sólo en cuestiones de detalle ha sido modificado su plan.

La realización de la idea necesitaba del concurso de personas peritas, no sólo en las distintas ramas de las disciplinas psicológicas, sino entusiastas y compenetradas de la hermosura de la misión a realizar. Tanto como sabios, necesitaba el doctor Claparède apóstoles. Y los encontró: el infatigable director M. Bovet, el director del «Bureau International des Ecoles Nouvelles», M. Ferrière; la renombrada profesora de anormales Mlle. Descoedres; el director de primera enseñanza del cantón, M. Malche; las maestras de párvulos Mlles. Audemars y Lafendel, el doctor Godin, tan conocido por sus trabajos sobre Antropometría escolar; el inspector de primera enseñanza M. Duvillard; todos contribuyeron a que el sueño del doctor Claparède se convirtiese en bella y prometedor realidad.

Por fin, el 21 de octubre de 1912, el año del segundo centenario de Rousseau, el Instituto abrió sus puertas en un modesto piso de la plaza de la Taconnerie, a la

sombra de la catedral, a dos pasos de la casa en donde nació y vivió los primeros años de su infancia el hijo de aquel relojero cuyas ideas debían producir más tarde una revolución.

Detalle interesante, y que no se olvida en el Instituto: la primera instancia recibida pidiendo inscripción de matrícula fue la de un español, D. Pablo Vila, de Barcelona.

A 20 llegó la cifra de alumnos el primer año, venidos de todas partes del mundo para recibir unas enseñanzas que inútilmente intentaban encontrar en sus respectivos países. Prueba palpable de la necesidad de una tal institución y mentís a los que creían que el Instituto fracasaría como escuela, por no dar validez académica a los estudios que en el mismo se realizasen.

Aun cuando todos los alumnos que se presentaron se habían impuesto como finalidad primordial la de los estudios psicológicos, llevaban muy diversa preparación y habían ido impulsados por objetos concretos muy distintos.

De aquí la necesidad de que «la escuela a la medida», preconizada para nuestras escuelas primarias, tuviese que empezar por ser una realidad en el Instituto Rousseau.

Maestros que desean prepararse para ser directores de escuela, médicos que pretenden crear escuelas de anormales en su país, jóvenes llamados a dedicarse en los laboratorios a la Psicología escolar y a la Pedagogía experimental, mujeres que piensan dedicarse a las cuestiones escolares infantiles, inspectores de primera enseñanza que desean ponerse al corriente de la Pedagogía moderna, con el fin de ampliar luego la cultura pedagógica de los maestros de su zona, etc., etc.

Esta multiplicidad de fines hizo pensar a los fundadores en la necesidad de trazar, dentro de su plan general de estudios, ciertas direcciones con vistas a la especialización: dirección de escuela, protección a la infancia, educación de párvulos, educación de los anormales y, más últimamente, orientación profesional.

En íntima relación con el Instituto y con

el fin de que todos los cursos tengan una base práctica, gracias al trabajo de los alumnos, figura la Maison des Petits, Escuela de Anormales de Mlle. Descoeurdes, Maison des Grands, Consultas Médico-Pedagógicas, Laboratorio de Psicología Experimental de la Universidad, Oficina de Orientación Profesional, Oficina de Información y de Investigaciones Pedagógicas del Ministerio de Instrucción pública, etc.

Muy interesante sería, sin duda, poder seguir la marcha del Instituto en estos primeros años de su funcionamiento; pero ello nos llevaría demasiado lejos. Véase, para ello, el trabajo interesantísimo de M. Bovet titulado «L'Institut J. J. Rousseau», publicado en los *Archives de Psychologie* del año 1917.

Nosotros tenemos que limitarnos a dar una impresión personal de alumnos, fundada en nuestro paso por dicho centro en 1916, primero, y en 1920-1922, después.

¿Cómo se trabaja, pues, en el Instituto Rousseau? ¿Cuál es la característica de este trabajo?

A mi modo de ver, el carácter más saliente es *la espontaneidad y la libertad por parte del alumno y la naturalidad por parte de los profesores*.

Ya se ha dicho que al Instituto van los alumnos no sólo a aprender, sino también a darse cuenta de que la ciencia pedagógica está por hacer, y que, por consiguiente, tanto como aprender Pedagogía, hay que aprender a hacer la Pedagogía, hay que investigar.

Y todos sabemos que la labor científica, la labor de investigación, sólo puede ser espontánea. Las ideas nuevas no germinan nunca en los cerebros esclavos de una imposición.

En el Instituto Rousseau el alumno tiene absoluta libertad para escoger los cursos que crea más convenientes y para hacer los trabajos que más le interesan. Esto no es óbice para que, lo mismo el director que los profesores, guíen y aconsejen a los que a ellos acuden con este fin. Se desconocen las notas y los exámenes. Al final del curso, mientras en la casi totalidad de escuelas del mundo los alumnos pasan los

peores ratos del año escolar, en el Instituto Rousseau, los alumnos, acampados en alguno de los deliciosos valles de los Alpes, descansan de las fatigas del curso y proyectan futuros trabajos e investigaciones. El diploma no se obtiene mediante un examen, sino mediante la presentación de un trabajo de investigación, que a veces se resume en dos cuartillas, pero que sintetiza una labor ininterrumpida de varios meses.

Una cosa es investigar y otra el enseñar a investigar: para esto último es necesario que el profesor posea esta cualidad, bastante rara; pero que todos los que han tenido ocasión de tratar al profesorado del Instituto habrán apreciado inmediatamente, muy en especial en M. Claparède y Bovet: *la naturalidad*.

Por naturalidad tenemos que entender aquí la facultad mediante la cual el profesor sabe aparecer ante sus alumnos tal como es, sabiendo poner al descubierto, sin ocultar ninguno, todos los momentos por que se pasa en el trascurso de una labor de investigación.

Para los no iniciados en los métodos científicos y para los que por primera vez se asoman a un laboratorio, todo trabajo de este género nos parece como algo cabalístico, y casi diría de arte de encantamiento. El científico aparece ante nuestros ojos como una especie de prestidigitador, y en él no sabemos qué admirar más, si sus conocimientos o sus facultades.

Como es sabido, toda idea nueva, todo aportamiento al caudal científico, pasa antes de tomar forma definitiva por fases de desorden, de error, que provocan en el ánimo del investigador momentos de desaliento y de duda.

Al que tan sólo lee un trabajo u oye una conferencia, le pasa completamente inadvertido todo este aspecto penoso de la gestación científica. Y al pasarle inadvertido, se expone a uno de los dos errores siguientes: o bien no le da la importancia que tiene o bien sobreestima su dificultad. El primer error hace del principiante un pedante; el segundo, un cobarde, cualidades ambas muy poco recomendables para el futuro investigador.

De aquí que la primera condición que debe reunir un maestro en un centro como el que nos ocupa es que investigue, que produzca, y que investigue y que produzca a la luz del sol, para que el discípulo se dé cuenta de todos los aspectos y fases que presenta esta clase de trabajo, para que se equivoque y se desoriente y sufra con el maestro y se alegre con él cuando por fin, y a veces cuando menos se espera, aparece la idea luminosa que nos hace vislumbrar la solución con tanto empeño perseguida.

Y esto no se lograría, claro está, con que el profesor diera única y exclusivamente la lección. Es indispensable una convivencia mucho más larga: convivencia de múltiples horas en el laboratorio, convivencia de no menos horas en las instituciones de aplicación, convivencia que en el Instituto se amplía a los paseos y excursiones, actos que, en honor de la verdad sea dicho, han resultado a veces más fructíferos, científicamente hablando, que muchas sesiones de trabajo.

En el Instituto, la mayoría de los profesores y alumnos se conocen no sólo como tales profesores y alumnos, sino también como hombres, de lo cual sale enormemente beneficiada la enseñanza.

Debemos confesar noblemente, sin embargo, que una tal manera de proceder desorienta de momento a toda persona procedente de otros centros en donde el alumno no tiene iniciativa alguna respecto de la marcha de sus estudios, pues se ha pasado la vida aceptando pasivamente los planes y programas trazados por los demás.

Pero, por fortuna, en general, nuestra personalidad es lo suficientemente fuerte para que, una vez libre de esta tutela artificiosa y perjudicial, se adapte con rapidez al nuevo régimen, mucho más agradable y productivo a la vez.

Pocos, muy pocos, han sido los casos de los que, acostumbrados a marchar con andadores, se han caído al faltarles el sostén del programa y el estímulo de los exámenes. Si algún caso se ha dado, él mismo ha procurado eliminarse, yendo a buscar a

otros centros lo que el Instituto no le podía dar.

Se podría quizá creer que con tanto hablar de método experimental, tanto recomendar la objetividad, tanto preconizar la ciencia como único medio de enfocar y resolver los problemas educativos, el ambiente reinante en el Instituto resultase frío y falto de idealidad.

Nada más lejos de la verdad.

Por encima de todos los aparatos, por encima de las gráficas, por encima de todo el material de estudio extraído de la realidad infantil, aletea un espíritu fuerte, un ideal elevado que lo sojuzga e impregna todo.

En el Instituto Rousseau se respira un aire espiritual mucho más sano, mucho más reconfortante que el respirado en tantas otras escuelas en donde tanto culto se rinde (de palabra casi siempre) al idealismo más exagerado. En el Instituto Rousseau no se aman los ideales platónicamente. Muy al contrario... Pero precisamente porque se quiere lograr este ideal es por lo que se pide el auxilio de la ciencia objetiva, del método experimental, único que por el momento nos puede decir cuáles son los medios más adecuados para alcanzarlo.

Y mientras en otras escuelas se matan horas y más horas en discusiones bizantinas acerca de cuál es el ideal mejor, en el Instituto Rousseau se labora mientras tanto en busca del medio de dar realidad a estos ideales.

¡Y resulta un cuadro tan hermoso, tan reconfortante, tan consolador ver a gentes de todas las naciones, gentes de ideas filosóficas opuestas, gentes de cuatro o cinco religiones distintas laborar con entusiasmo para arrancar a la Naturaleza el secreto de la educación!

No hay por qué señalar el espíritu de tolerancia y la amplitud de miras que reina en el Instituto y que adquieren inmediatamente sus alumnos.

Difícil es figurarse a quien no lo haya visto hasta qué punto son fuertes los lazos de amistad contraídos en los bancos del Instituto, entre gentes de todas partes del mundo, algunas de las cuales, de tener en

cuenta solamente los prejuicios históricos y religiosos que les enseñaron en los bancos de otras escuelas, deberían odiarse mortalmente. Y cómo se da uno cuenta entonces de lo artificioso de los conflictos entre los pueblos y de la verdad de los principios sentados en el último Congreso de educación moral, en cuanto dicen que los pueblos que se conocen debidamente no pueden odiarse.

He dicho que la última semana del curso era la más feliz; he dicho mal. Lo sería si no fuese preludio de la desbandada general que le sigue, de una desbandada que separa quizá para siempre a muchos que habían pasado los mejores ratos de toda su vida de estudiante en las aulas de la plaza de la Taconnerie.

Verdaderamente tienen algo de grande aquellas últimas noches pasadas en los Alpes, viviendo los últimos momentos de la vida del Instituto, recibiendo por última vez las inspiraciones de los maestros, que animan a sus alumnos por la lucha que allá a lo lejos, en Polonia, en Holanda, en América, en Italia, en España, tendrán que sostener para lograr el triunfo de los ideales sostenidos por el Instituto.

Quisiera hablar de alguno de estos alumnos, muchos de ellos casos verdaderamente interesantes. Quisiera poder hablar, por ejemplo, de esta alumna rusa que, atraída por la fama del Instituto, coge a su hijito, y encontrando la frontera europea de su país cerrada, llega a Ginebra por vía Beluchistán; quisiera hablar de un maestro de Java que no duda en emprender el penoso viaje de Australia a Europa para seguir los cursos del Instituto; quisiera hablar, ¿por qué no?, del hermoso caso de nuestro presidente, que, de simple obrero tejedor, logra hacerse maestro y que le pensione la Junta, siendo llamado al terminar sus estudios en el Instituto por el Gobierno boliviano para que funde el renombrado Gimnasio Moderno de Santa Fe de Bogotá...

Pero falta espacio.

A pesar de ello, no podemos dejar de decir dos palabras de los profesores, especialmente de MM. Claparède y Bovet,

fundador y director, respectivamente, del Instituto.

Nada de intentar descubrir la personalidad científica del Dr. Claparède, de quien bien pocos han dejado de leer la obra capital, tan cuidadosamente traducida por el Sr. Barnés, y de quien aparecerán pronto en castellano otros dos trabajos en la Colección de la Asociación.

Lo que ya no sabe todo el mundo es que el Dr. Claparède es un filántropo de la educación, un práctico de la educación, en el sentido más amplio que pueda darse a esta palabra, puesto que no se ha limitado a teorizar, sino que ha puesto todo cuanto estaba de su parte para ver realizadas sus teorías.

El Dr. Claparède pertenece a una de esas antiguas familias que en cualquier país que no fuese la democrática Suiza se llamarían nobles.

Nobleza singular, sin embargo, la de estas familias, cuya única ambición ha sido la de descollar, no en el mundo de las armas y de los placeres fastuosos, sino más bien en el de las ciencias y las letras.

A ella pertenece la familia Claparède.

Se comprenderá muy bien que, colocado en este plan, el Dr. Claparède no tenía ninguna necesidad de dedicar sus actividades, su ciencia médica y psicológica y su misma fortuna a una rama tan bajamente cotizada en el mercado científico como es la Pedagogía. Una sociedad que no hubiese estado formada por pedagogos y maestros habría lucido mucho más en los salones de su casa solariega de Champel.

Y al fundarse el Instituto Rousseau, no sólo aporta al mismo el prestigio de su nombre y de su ciencia, doblado del de sus posibilidades económicas, sino que cede parte de su patrimonio para que se instale gratuitamente en el mismo la renombrada Maison des Petits, y más tarde, la Maison des Grands.

El Dr. Claparède no teme al alegre alboroto que ante su misma ventana de trabajo arman aquellos seres felices, gracias a la libertad bienhechora que él mismo les ha dado, mientras los demás compañeros menos afortunados se aburren en las jaulas

doradas que hemos dado en llamar escuelas.

De su bondad para con los alumnos del Instituto, de quien es un verdadero padre, no hay por qué hablar. ¡Cuántas cosas podrían contar de él, por ejemplo, los estudiantes rusos a quienes la guerra, y luego el caos reinante en su país, ha hecho pasar por las más terribles privaciones!

Al hablar del fundador del Instituto, de M. Claparède, surge inmediatamente la imagen de otro hombre no menos eminente: la de su director, M. Bovet.

M. Claparède no podía, en efecto, soñar con un director más adecuado al carácter de la Institución. De una actividad portentosa, M. Bovet dedica todas, absolutamente todas, sus energías al Instituto. M. Bovet y M. Claparède se complementan. El uno como imaginación creando, el otro como voluntad realizando. A ambos les une un denominador común: la modestia, modestia que quizá llegue a resultar incomprensible para nosotros.

Recuerdo, por ejemplo, que cuando la visita del primer grupo de maestros españoles, M. Claparède nos confesó ingenuamente que temía que ninguno de los aparatos de su Laboratorio mundialmente renombrado, ni ninguno de los experimentos que en él se realizan, pudiera interesar a dichos maestros, a quienes creía perfectamente conocedores de cuanto él pudiera enseñarles.

Y esta modestia, de la cual es hija la naturalidad que hemos dicho que caracteriza la labor docente del profesorado del Instituto, matiza también todos los actos de su director M. Bovet. El siguiente caso lo atestigua:

Los cursos del Instituto, que son siempre monográficos, descansan la mayoría de las veces sobre los trabajos de investigación hecha por los profesores o por los mismos alumnos.

Habiendo hecho una pequeña encuesta internacional sobre la inspección de primera enseñanza, M. Bovet tuvo a bien hacer figurar en el programa del semestre de verano de 1923 el *depouillement* de este trabajo y la discusión de sus resulta-

dos. Claro está que aun cuando la clase estaba bajo la dirección del profesor, que lo era M. Bovet, el peso de la misma gravitaba sobre el alumno autor del trabajo.

Llevábamos ya algunas sesiones de labor, cuando un día, al salir de clase, M. Bovet me llama y me dice: «¿No le parece que el curso no va todo lo bien que sería de desear?» Yo, que verdaderamente estaba plenamente convencido de los mayores frutos que de dicha investigación habría podido sacar otra persona de dotes superiores a los míos, me apresuré a dar mi asentimiento. «¿No le parece que los alumnos se desinteresan bastante del asunto?» Asentí otra vez.

«No cabe duda—continuó de que la culpa es mía; me extendí más de lo debido al hablar de la noción del deber a través de las diversas doctrinas filosóficas. Teoricé demasiado. Debía haber empezado antes a aportar hechos, para avivar así el interés que empezaba a decaer.»

Quedé desconcertado. La crítica de M. Bovet no se dirigía para nada al curso sobre la Inspección, a la labor del alumno. Se refería a su curso general, al que daba en la Universidad sobre la Pedagogía de la obediencia, curso interesantísimo y magistralmente desarrollado.

¿Es tan corriente el hecho de que un catedrático se acerque a su alumno para confesarle sinceramente sus dudas respecto al éxito de su labor docente y pedirle su criterio para que dejemos de consignarlo?

Podríanse citar otros muchos actos acreditativos de la manera de ser de los profesores del Instituto.

Baste lo dicho para corroborar la afirmación hecha respecto del alto espíritu idealista reinante en aquella casa, espíritu que sirve de norte a toda la labor científica y objetiva que se realiza. Con tales maestros, ¿podría acaso ser otro el ambiente reinante en el mismo?

(Concluirá.)

ENCICLOPEDIA

PASTEUR: SU VIDA Y SU OBRA NARRADAS A LOS NIÑOS (1)

por M. L. Descour.

(Conclusión.)

IX

El carbunco.—En 1867, Pasteur fué nombrado profesor de Química en la Sorbona. Su salud no le permitió continuar desempeñando la enseñanza. En 1874, la Asamblea Nacional le acordó, a título de recompensa nacional, una pensión vitalicia de 12.000 francos anuales—que representaba más o menos los emolumentos de que la enfermedad le privaba—, recompensa harto módica, decía el informante del proyecto de ley, Paul Bert, si se la compara con el valor de los servicios prestados.

Una de las principales preocupaciones de Pasteur fué la de prestar nuevos servicios.

Por entonces, los rebaños eran azotados por una enfermedad conocida con el nombre de *carbón* (carbunco o carbunco), enfermedad que ya había sido objeto de numerosas investigaciones. Dos médicos franceses, Rayer y Davaine, habían visto en la sangre de los animales que morían de esa enfermedad bastoncitos microscópicos, y habían notado el hecho sin atribuirle mayor importancia. Se sabía que la enfermedad era *contagiosa*; se trasmite por contacto del animal enfermo al animal sano, y que era *inoculable*; basta para que se desarrolle introducir algunas gotas de sangre enferma bajo la piel del animal sano. Cuando Davaine conoció los trabajos de Pasteur sobre las fermentaciones, vió que uno de esos fermentos que producen efectos tan grandes era un bastoncito de forma semejante al que se encuentra en la sangre de los animales *carbuncosos*, y no le sorprendió que el bastoncito de carbunco, al que dió el nombre de *bacteridia*, pudiese matar a una oveja o un buey.

Un sabio alemán, Koch, descubrió los *esporos* carbuncosos, que se forman en la bacteridia como arvejas en su vaina. Reproducen la bacteridia como las semi-

llas reproducen la planta. Hay entre semillas y esporos, entre plantas y bacteridias otra semejanza. Separada de la tierra que la alimenta, expuesta al aire y al sol, la planta muere rápidamente, mientras que la semilla es mucho más resistente. Lo mismo ocurre con las bacteridias y sus esporos. Es fácil cultivarlas sembrándolas en un líquido capaz de alimentarlas, y las bacteridias nuevas producidas por este cultivo pueden, cuando se las inocula, originar el carbunco mortal.

Hasta entonces se decía que el carbunco, enfermedad contagiosa e inoculable, era una enfermedad virulenta, es decir, causada por un *virus*. ¿Qué es un virus? No se sabía con precisión. Dábase este nombre a ese algo desconocido en su naturaleza y en su forma que era la causa de la enfermedad. A los sabios les agrada poner nombres, tanto a lo que ignoran como a lo que saben; les es cómodo y no engaña a nadie. Lo importante es entenderse y no tomar una palabra por una realidad.

Algunos decían: es cierto; hay bacteridias en la sangre de los animales que mueren de carbunco. Inoculando esa sangre se comunica la enfermedad, pero no se tiene el derecho de afirmar que es la bacteridia y no la sangre misma, o un virus contenido en la sangre, la causa de la enfermedad. El líquido en que se cultivan las bacteridias contiene sangre; es, pues, sangre diluída y da la enfermedad por el virus que la sangre le ha traído.

En eso estaban las cosas cuando Pasteur, en 1877, hizo sus primeros experimentos sobre el carbunco. Se preocupó, ante todo, de hallar un buen medio de cultivo para la bacteridia, y reconoció que la orina esterilizada llena esa condición. Preparó gran número de globos que contenían todos la misma cantidad de orina esterilizada y puso una gota de sangre carbunclosa en uno de los globos: las bacteridias se multiplicaron abundantemente. Trasladó una gota de esa orina cargada de bacteridias a otro globo, y una gota de este último a un tercer globo. Repitió la misma operación cincuenta veces, cien veces; habría podido continuarla indefinidamente: es

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

lo que se llama efectuar cultivos en series. Y una gota del último cultivo daba el carbunco lo mismo que la gota de sangre primitiva.

¿Quiéren que hagamos un poco de aritmética? Un centímetro cúbico contiene veinte gotas de agua, cincuenta centímetros cúbicos contienen mil gotas. Si vierto una gota de sangre en cincuenta centímetros cúbicos de orina, esta gota de sangre se diluye al milésimo: el grado de la dilución está representado por la unidad seguida por tres ceros. Pegaré en el globo número 1 un rótulo con la cifra 1.000. Tomo una gota de esta primera dilución para trasladarla a un segundo globo que contiene también cincuenta centímetros cúbicos de orina; la gota de sangre inicial quedará, pues, diluída mil veces más que en el primer globo, y la dilución será representada por la unidad seguida de seis ceros; pegaré en el globo número 2 un rótulo con la cifra 1.000.000, y así sucesivamente. Cada vez que vierta una gota de dilución en un nuevo globo, deberé, para señalar el grado de este globo, agregar tres ceros al grado del globo precedente.

La cifra inscrita en cada globo indica, a la vez, el grado de la dilución y el número de las gotas de orina a las cuales es preciso mezclar una gota de sangre para obtener esa misma dilución. Los mil millones del globo número 3 corresponden a cincuenta metros cúbicos. En el séptimo globo, el grado de la dilución señalada por la unidad seguida por veintiún ceros equivale a lo que se obtendría diluyendo la gota de sangre original en un volumen líquido cincuenta veces más grande que el volumen total de la Tierra. Todo lo que esta gota de sangre pudo traer consigo, exceptuando a la bacteridia, que se multiplica por el cultivo, está diluído hasta el anulación en esas masas enormes. Imagínese que en vez de sangre se emplee una gota de tinta muy negra; desde los primeros traslados, el color desaparecería, el agua quedaría perfectamente límpida y se podría afirmar que, en realidad, la tinta no existe.

Y que una gota del vigésimo, del centé-

simo cultivo produzca la enfermedad con tanta seguridad como una gota de sangre carbunclosa demuestra que la bacteridia es la causa única del carbunco. Conocemos esa causa, que es un microbio viviente; sabemos cultivar ese microbio, podemos someterlo a la acción de alguna sustancia que, probablemente, lo reducirá a la impotencia. Es lo que va a hacer Pasteur.

X

El vibrión séptico.—En el curso de sus investigaciones, Pasteur descubrió un nuevo microbio que se desarrolla muy rápidamente, después de la muerte, en la sangre de los animales carbunclosos—y también en todos los cadáveres—, al que llamó el *vibrión séptico*. Este vibrión da a las heridas infectadas su gravedad terrible, y causa una enfermedad que no perdona: la *septicemia*. Uno de los caracteres del nuevo microbio es el de no poder vivir sino al abrigo del aire, y es uno de los agentes más activos de la putrefacción.

Sobre este descubrimiento, Pasteur hizo a la Academia de Medicina, el 30 de abril de 1878, en su nombre y en el de sus colaboradores Joubert y Chamberland, una comunicación célebre, en la que desarrollaba «La teoría de los gérmenes y sus aplicaciones o la Medicina y a la Cirugía». Terminaba diciendo: «Hace algunas semanas, uno de los miembros de la sección de medicina y de cirugía de la Academia de Ciencias, M. Sédillot, después de haber meditado largo tiempo sobre las enseñanzas de una carrera brillante, no vacilaba en declarar que los éxitos, como los reverses en Cirugía, tenían una explicación racional en los principios sobre los cuales reposa la teoría llamada de los gérmenes, y que ésta daría lugar a una cirugía nueva, ya inaugurada por el célebre cirujano inglés, el Dr. Lister, que fué uno de los primeros en darse cuenta de la fecundidad de la teoría. Sin ninguna competencia profesional, pero con la convicción del experimentador autorizado, me atrevo a repetir aquí las palabras de nuestro eminente colega.»

XI

El cólera de las gallinas.—*Los virus-vacunas.*—Las investigaciones de Pasteur se ilustran mutuamente. Cada vez que hallaba un microbio nuevo, se apresuraba a comprobar si tenía alguna relación con los conocimientos adquiridos, y a tratar, estudiándolo, de adquirir conocimientos nuevos.

Es así como su atención fué atraída, en 1879, por un microbio recientemente descubierto, causa de una enfermedad devastadora de los gallineros, y que, por ese motivo, se llama *cólera de las gallinas*.

Pasteur dió de esta enfermedad una descripción impresionante: «El animal presa de esta afección queda sin fuerzas, tambaleante, con las alas caídas. Las plumas, erizadas, dan a su cuerpo una forma de bola. Lo abrumba una somnolencia invencible. Si se le obliga a abrir los ojos, parece despertar de un sueño profundo. Pronto los párpados se cierran, y, por lo común, llega la muerte sin que el animal se haya movido de un mismo sitio, después de una agonía muda.»

Pasteur empezó, como hacía siempre, por buscar un medio de cultivo favorable al desarrollo del microbio, y halló que el caldo preparado con carne de gallina conviene perfectamente, e hizo numerosos experimentos, muchos de los cuales dieron a los médicos indicaciones valiosas sobre la trasmisión de las enfermedades humanas.

El microbio existe en abundancia en las deyecciones de las aves atacadas de cólera. Esas deyecciones, diseminadas en gallineros y corrales, ensucian los granos y demás alimentos de las gallinas sanas, y así se produce y se extiende el contagio.

Introdúzcase en caldo esterilizado por la acción del calor, a 120°, una pequeña porción de esas deyecciones. El microbio se desarrolla muy rápidamente y pronto no queda ni una gota de caldo que no contenga gran número de microbios. Estos son tan pequeños, que una gota es para ellos lo que para nosotros una casa.

Tómese una gota de ese caldo en que el microbio se ha cultivado, y al que llamare-

mos en adelante un *cultivo*; introdúzcase esta gota en caldo nuevo; los mismos fenómenos se reproducirán y tendremos un segundo cultivo igual al primero.

Se pueden continuar indefinidamente esos cultivos en serie. Todos tienen los mismos efectos. Algunas gotas de cualquiera de ellos inyectadas a una gallina sana le dan la enfermedad y la matan. Es lo que se expresa diciendo que esos cultivos tienen todos la misma virulencia.

Los experimentos de Pasteur fueron interrumpidos por las vacaciones de 1879. A su regreso quiso continuarlos. Sembró caldo nuevo con cultivos que databan de tres o cuatro meses, y tuvo la desagradable sorpresa de no poder obtener un cultivo nuevo. Nada se desarrollaba en ese caldo; era un cultivo estéril; era como la semilla mala que sembrada en buena tierra no se desarrolla. Este cultivo estéril, inyectado a gallinas sanas, no producía ningún efecto, o el que producía era tan débil, que no valía la pena tenerlo en cuenta. Pero Pasteur tenía todo en cuenta, aun lo que parece insignificante a observadores menos hábiles.

En vez de abandonar todo y de empezar de nuevo, como sus preparadores querían que hiciera, quiso saber si la inoculación de este cultivo estéril no había producido ninguna modificación en el organismo de las gallinas que tan fácilmente lo habían soportado. Inyectó a esas gallinas un cultivo fresco, cuya gran virulencia conocía, e hizo sufrir la misma operación a otras gallinas recién adquiridas y destinadas a proporcionar un punto de comparación. Estas últimas murieron todas en los plazos previstos, mientras todas las otras resistían.

Fué un deslumbramiento. Pasteur acababa de realizar el más asombroso de sus descubrimientos. Había hallado la vacuna preventiva. Y no era por simple azar, sino por justa recompensa: recogía el fruto de sus largas meditaciones sobre las enfermedades virulentas y sobre los trabajos de Jenner.

El médico inglés Jenner había descubier-

to la vacuna, que ocasiona una enfermedad

insignificante, pero que preserva de la viruela. Hoy, gracias a la vacunación, la viruela es casi desconocida en los países más adelantados; hasta hace menos de un siglo causaba epidemias terribles, cuyas víctimas se contaban por millares.

Pasteur acababa de descubrir un medio de preservación del cólera de las gallinas tan eficaz como la vacunación contra la viruela, y, desde el punto de vista científico, de mayor importancia aún, pues se ignora cuál es el virus de la viruela y de la vacuna, mientras que el virus del cólera de las gallinas es un ser viviente que se ve, que se cultiva, y sobre el cual se puede actuar.

Uno de los caracteres esenciales de las enfermedades virulentas es la ausencia de recaída o repetición. Por lo común, no se tiene dos veces la viruela, ni la escarlatina, ni la fiebrê tifoidea; quien las haya sufrido queda, como si se dijera, inmunizado. El cólera de las gallinas, que no puede desarrollarse dos veces en el mismo animal, es, pues, una enfermedad virulenta. Existen, pues, enfermedades microbianas que son enfermedades virulentas, y de las cuales puede uno defenderse mediante una inmunización artificial. Pasteur debió estremecerse de alegría al ver realizado su sueño.

La atenuación de la virulencia había sido obtenida por el envejecimiento del cultivo. Pasteur reconoció que este resultado es debido a la acción prolongada del aire; así como el aire húmedo roe el hierro, gasta el microbio. Y, en efecto, el mismo cultivo que se atenúa progresivamente en contacto con el aire y concluye por perder toda la actividad, conserva su virulencia inicial si se le tiene en un tubo cerrado, en el que el aire no pueda entrar.

El virus atenuado, que posee la maravillosa propiedad de hacer inofensivo al virus de que proviene, y así, pues, de preservar de la enfermedad mortal, fué llamado *virus vacuna*. Basta para que retenga esa propiedad sin alteración conservarlo al abrigo del aire, en un frasco cerrado.

El Dr. Roux ha dicho acertadamente: «Los virus son plantas microscópicas; pue-

den ser modificadas por el cultivo, como las plantas superiores. Pasteur ha obtenido razas de virus, como los jardineros obtienen razas de flores».

XII

La victoria contra el carbunco.— Para un agricultor, perder una o varias gallinas es, a lo sumo, un incidente desagradable, pero perder una majada de ovejas o un rebaño de vacas es una ruina. Entre los rebaños de Beauce solamente, el carbunco causaba pérdidas que importaban anualmente millones de francos. Se señalaban campos, llamados por un terror supersticioso campos malditos, en los que no se podía dejar pacer una majada sin que varios animales no fueran víctimas del carbunco.

Pasteur se decidió a estudiar la enfermedad en la región azotada. El Dr. Roux, que fué uno de sus mejores colaboradores, ha escrito un vívido relato de ese período de investigaciones: «Cada semana, Pasteur venía a dar la dirección y a enterarse de los trabajos. ¡Qué buenos recuerdos nos ha dejado esa campaña contra el carbunco en la región de Chartres! Desde el amanecer, visitas a los corrales de ovejas diseminados en la vasta meseta de Beauce, que resplandecía bajo el sol de agosto... Los días en que Pasteur venía a Chartres, el almuerzo en el hotel no duraba mucho. Nos trasladábamos en seguida a Saint Germain, a la propiedad del Sr. Maunoury, que había puesto su granja y sus rebaños a nuestra disposición. Durante el trayecto se hablaba de los ensayos de la semana y de los que habría que emprender. Inmediatamente de llegar, Pasteur se dirigía hacia los corrales; inmóvil junto a los cercos, observaba los lotes sometidos a experimentos, con esa atención continuada a la que nada escapaba; seguía durante horas con la mirada a una oveja que creía enferma; era preciso recordarle la hora y hacerle notar que las flechas de la catedral de Chartres empezaban a desvanecerse en la penumbra de la noche que caía para decirlo a partir».

Pasteur reconoció que los «campos malditos» son, por lo común, cementerios de animales carbunclosos. Cuando moría una vaca o una oveja se la enterraba en el mismo sitio, en una fosa de escasa profundidad.

Pasteur tomó un poco de tierra de esas fosas, y logró demostrar en ella la presencia de esporos que reproducían la bacteria carbunclosa. Notó un día, en la superficie de una fosa, una multitud de esos pequeños cilindros de barro que expulsan las lombrices. ¡Cuántos otros los habrían visto sin haberles prestado atención! Estudió esos residuos, y tratándolos con las precauciones convenientes, halló en ellos bacterias. Son las lombrices las que, en sus viajes subterráneos, se ponen en contacto con el cadáver y transportan a la superficie del suelo los esporos mortíferos.

Algunos sabios se permitieron bromear con respecto a esas lombrices que transportaban el carbunco; las demostraciones irrefutables de Pasteur y algunas de esas réplicas cortantes que sabía hallar con oportunidad hicieron callar a los burlones.

Pasteur no se contentaba con experimentos de laboratorio. Hizo cercar en un prado el sitio donde dos años antes habían enterrado una vaca carbunclosa. Cuatro ovejas fueron encerradas allí. En otro cercado semejante, situado a varios metros de distancia, y en terreno un poco más alto, se encerró a otras cuatro ovejas que debían servir de comparación. Ocho días después, una de las ovejas del primer cercado moría de carbunco. Las ovejas reservadas para la comparación en el otro cercado seguían en buena salud.

Estas observaciones permitían ya indicar cómo se debe llevar a práctica la lucha contra el carbunco. Es preciso destruir los cadáveres de los animales carbunclosos, o, por lo menos, impedir el acceso a sus fosas, pues éstas constituyen el peligro de los llamados «campos malditos».

¿No se podría obtener para el carbunco un virus vacuna análogo al que preserva del cólera de las gallinas? Pasteur intentó descubrirlo y lo consiguió. Ese virus-vacuna es de fabricación muy delicada. Es pre-

ciso calentar un caldo de cultivo, en contacto con el aire, en una temperatura mantenida durante varios días entre los 42 y 43°. La doble acción prolongada del aire y la temperatura transforma el caldo en virus-vacuna.

El anuncio de que Pasteur había hallado un caldo especial contra el carbunco y sus epidemias devastadoras provocó una gran emoción. Muchos médicos y veterinarios eran violentamente hostiles a las doctrinas pastorianas, que contradecían a sus prácticas. Los agricultores, tantas veces engañados con el ofrecimiento de remedios nuevos e «infalibles», se mantenían en una actitud de desconfianza.

A petición de la Sociedad de Agricultura de Meulm, se hizo un experimento público en una granja situada cerca de la ciudad, en Pouilly-le-Fort. Fueron vacunadas veinticinco ovejas, y se convino que el 31 de mayo de 1881 esas veinticinco ovejas y otras veinticinco que debían servir de «testigos» serían inoculadas con un virus carbuncloso muy virulento. Esta inoculación se efectuó en la fecha fijada. Los adversarios de Pasteur habían dado a entender que sólo los «testigos» recibirían el virus virulento y que para los vacunados se emplearía un líquido inofensivo. Todos los gestos de los operadores fueron minuciosamente vigilados, como si se temiera una superchería. Uno de los numerosos veterinarios que presenciaban el experimento pidió que la vacunación se hiciera primero a un vacunado y luego a un «testigo», alternando así en las inyecciones sucesivas. Se le satisfizo y se convino en que los presentes volverían a reunirse el 2 de junio, para comprobar los resultados. Ese día, una multitud se congregaba en Pouilly-le-Fort. Fue, para Pasteur, un triunfo. De las ovejas no vacunadas, veintidós habían muerto y dos agonizaban. La última, gravemente enferma, murió esa noche. Las vacunadas, todas, conservábanse sanas.

La victoria había sido obtenida, pero aun quedaban adversarios irreductibles. A uno de ellos, que le perseguía con sus ataques ante la Academia de Medicina, Pasteur

repuso con justa altivez: «No me consolara de que el gran descubrimiento de los virus-vacunas no fuese un descubrimiento francés.»

Este descubrimiento y los trabajos que lo prepararon valían a Pasteur un renombre universal, cuya extensión él no sospechaba.

En el mes de agosto de 1881, recibió la misión oficial de representar a Francia en un Congreso médico internacional que debía celebrarse en Londres. El Príncipe de Gales presidió la sesión inaugural. Pasteur entró en el vasto salón de Saint James, y fué conducido al estrado por uno de los comisarios. Resonó una aclamación inmensa, mezclada de *vivas* y *hurras*. Pasteur, inquieto, dijo a su hijo y a su yerno, que le acompañaban: «Sin duda, llega el Príncipe de Gales; debí venir más temprano.» El Presidente del Congreso, sir James Paget, le repuso: «¡Es a usted a quien todos aclaman!»

XIII

El «rouget».

El *rouget*, o «mal rojo del cerdo», es una enfermedad muy difundida y muy grave. En 1882 en sólo el valle del Ródano murieron de *rouget* 20.000 cerdos.

En el mes de marzo de 1882, uno de los colaboradores de Pasteur, Thuillier, a petición de su maestro, se trasladó a una localidad de la Vienne para estudiar esa enfermedad. Desde los primeros exámenes descubrió el microbio que la causa. Pasteur y Thuillier no tardaron en preparar un virus-vacuna y obtuvieron, con respecto al *rouget*, el mismo éxito que Pasteur, junto con Chamberland y Roux, había obtenido contra el carbunco.

XIV

La rabia.

La rabia es una de las enfermedades más temibles, pero también acaso la menos mortífera y la más fácil de prevenir. Estos caracteres no parecen estar de

acuerdo. Se debe a que, con respecto a la rabia, poseemos ideas terroríficas y falsas, y a que en el hombre esta enfermedad, una vez declarada, se termina infaliblemente por la muerte, a veces después de una agonía espantosa.

Por lo común, la rabia del hombre es causada por la mordedura de un perro rabioso. Entre el momento de la mordedura y el momento en que se declara la rabia, transcurre cierto tiempo, que puede ser de varias semanas y aun de varios meses, durante el cual la enfermedad no se manifiesta por ningún síntoma. Es el *período* llamado de *incubación*; el mal está latente como el fuego bajo las cenizas. No se declara en todos los mordidos, sino en un número que varía, según diversos autores, entre 16 y 40 por 100. ¿Estoy entre los afortunados o entre los condenados? Es la pregunta que se hacen todos los mordidos, durante semanas, con una angustia que crece de día en día, sin que nada les permita prever la suerte que les espera.

Dos errores, muy difundidos y muy peligrosos, contribuyen a aumentar los peligros de ser atacado por la rabia.

Un rabioso es, en el lenguaje ordinario, un furioso. Uno imagina al perro rabioso como un animal siempre furioso, que muestra los dientes y dispuesto a morder, lo que no está lejos de ser precisamente lo contrario de la verdad. Gran número de perros rabiosos jamás sufren crisis de furor, y en los que han de tenerlas, no aparecen al principio de la enfermedad, cuando el animal parece estar en perfecta salud, aunque su saliva es ya virulenta. Es una costumbre peligrosa la de permitir que el perro de la casa lama a uno las manos. Si ha sido mordido días antes por un perro rabioso, la persona puede adquirir la rabia si tiene en las manos el menor rasguño. Se conocen numerosos casos de rabia transmitida así por perros que parecían hallarse en estado normal, y que hasta se manifestaban más afectuosos que de costumbre.

El segundo error, no menos grave, consiste en creer que el perro rabioso tiene horror al agua: es *hidrófobo*. Muchos creen que *rabia* e *hidrofobia* es la misma

cosa, y, por consiguiente, al ver que un perro bebe, suponen que no está rabioso, y que no hay que desconfiar. Repetimos que se trata de un error craso. El hombre atacado de rabia es hidrófobo; pero el perro rabioso no lo es; por el contrario, suele beber tanto como normalmente o más.

Existe, sin duda, un microbio de la rabia. Pasteur lo buscó sin descubrirlo; hoy todavía no ha sido descubierto. Pero todos los síntomas de la rabia demuestran que el cerebro, la medula y los nervios son la sede principal de la enfermedad. Pasteur se dijo que ese conjunto que se llama el sistema nervioso debe ser como el caldo de cultivo del microbio inasequible.

Al principio, para estudiar la rabia, procurábase un perro rabioso, que no era raro obtener, y a fin de darse cuenta de la manera como se trasmite la enfermedad y se desarrolla, hacía morder a perros sanos por el perro enfermo. La rabia no se declaraba en todos los mordidos, y cuando se declaraba, era al cabo de un tiempo relativamente largo. Pasteur escribía: «Es un suplicio para el experimentador verse condenado a esperar durante meses enteros los resultados de un experimento cuando la cuestión estudiada exige muchos.» Una vida humana apenas bastaría para semejantes investigaciones. Pasteur, que entonces contaba 59, no podía esperar.

Preguntóse si no se lograría transmitir la rabia con mayor seguridad y más pronto depositando en la superficie del cerebro de un perro sano un poco de materia cerebral o de medula de un perro rabioso. El experimento es fácil: por medio de un instrumento especial, el trépano, se levanta un pequeño trocito circular de hueso del cráneo del perro anestesiado, que, por consiguiente, no sufre, y por ese orificio se practica la inoculación. Invariablemente, después de 14 ó 15 días de incubación, el perro resulta atacado de rabia.

Era un progreso. Muchos animales, sobre todo los conejos, pueden adquirir rabia. Pasteur reconoció el hecho interesante de que el virus rábico se hace cada vez más activo y rápido en su acción cuando se inoculara, como acabamos de decir, por

trepanación, la materia cerebral de un perro a un conejo, la materia cerebral de este conejo a otro, y así sucesivamente. A la vigésimo octava inoculación de conejo a conejo, el tiempo de la incubación de la rabia queda reducido a siete días.

Todas las partes de la medula de un conejo son igualmente virulentas. Pasteur quiso comprobar si la acción prolongada del aire tenía sobre esa medula la misma acción atenuadora que tiene en el microbio del cólera de las gallinas o en la bacteridia del carbunco. En uno de los retratos más conocidos de Pasteur, éste aparece apoyado un codo en la mesa de su laboratorio y con un frasco en la mano. En ese frasco cuelga un trozo de medula de conejo. Un tapón de algodón cierra el frasco y permite la entrada del aire, pero impide la del polvo. En el fondo del frasco hay fragmentos de potasa destinados a absorber la humedad del aire, pues éste debe ser seco.

Si se toma cada día una porción de esa medula para inocularla a un conejo, se comprobará que la medula fresca y la que data de uno o dos días dan la rabia al cabo de siete días de incubación, y que el tiempo de la incubación aumenta cuando la medula data de mayor tiempo, hasta que la medula de ocho a diez días ya no produce la rabia y carece por completo de virulencia.

Esas medulas, cuya virulencia se atenúa cada vez más, ¿no habrían de tener una influencia preventiva, como los virus atenuados del cólera de las gallinas y del carbunco? ¿No serían acaso virus-vacunas?

Pasteur intentó comprobarlo y lo consiguió. En una serie de frascos en los que no dejaba penetrar sino aire seco, suspendía cada día un trozo de medula fresca de conejo que acababa de morir de rabia. Cada frasco llevaba un rótulo que indicaba la fecha de la muerte. Se tomaba un pedacito de medula bastante vieja, para estar seguro de que ya no era virulenta; se la diluía en un poco de calor estéril, y se inyectaba ese líquido bajo la piel de un perro. Se repetía la operación en el mismo animal todos los días, sirviéndose cada vez de medula que databa de un día menos. Se lle-

gaba así a inyectar de la última medula, que era muy virulenta, colocada en el frasco desde hacía uno o dos días. Y resultó que el perro es entonces refractario a la rabia; se le puede inocular en la superficie del cerebro el virus más virulento sin que la rabia se le declare.

Pasteur se dijo: «Puedo obtener el estado refractario en ocho días; la rabia causada por una mordedura no aparece, por lo común, sino después de varias semanas; tratando a un mordido mientras se encuentra aún en período de incubación, evitaré que la rabia se declare.»

Había llegado a ese punto en sus investigaciones, cuando le trajeron a un niño alsaciano, de nueve años de edad, llamado José Meister, que había sido mordido cruelmente por un perro rabioso; presentaba cerca de 14 heridas. Dos profesores de la Facultad de Medicina que fueron consultados declararon que el niño estaba expuesto, casi fatalmente, a contraer la rabia. Pasteur ha escrito: «La muerte de ese niño parecía inevitable; me decidí, no sin vivas y crueles inquietudes, como es de suponer, a intentar en José Meister el método que constantemente me había dado resultado feliz operando en perros.»

El tratamiento, comenzado el 6 de julio de 1885, 60 horas después de las mordeduras, duró hasta el 16 de julio, y su éxito fué completo.

En el mes de octubre del mismo año, el Alcalde de Villers-Farlay (Jura) ofreció a Pasteur una nueva ocasión de aplicar su método. Un pastor, Juan Bautista Jupille, de 15 años, cuidaba un rebaño con seis compañeros, todos niños, que jugaban cerca de él. Llega de pronto un perro de gran talla, erizado el pelo, bravía la mirada, con las fauces abiertas, de las que pendían hilos de baba, y se precipita sobre los jóvenes. Jupille quiere proteger a los niños; se abalanza hacia el perro, se traba en lucha con él, lo domina, le ata la boca con la lonja de su látigo y lo ultima a golpes de taco. Jupille había sufrido profundas heridas en las manos.

La autopsia demostró que el perro estaba rabioso. El tratamiento de José Meister

comenzó 60 horas después de las mordeduras. Jupille se presentó en el laboratorio seis días después de haber sido herido, y, no obstante, se salvó.

En cuanto fueron conocidos los felices resultados obtenidos en esas dos primeras tentativas, numerosas personas se presentaron para obtener el mismo tratamiento. Entre ellos se contaba un tal Lorda, de 36 años, que vivía en Lasse (Bajos Pirineos), mordido el 25 de octubre de 1885, y que llegó al laboratorio el 21 de noviembre, 27 días después de la mordedura. El mismo perro había mordido, en el mismo día, a siete cerdos y dos vacas. Los nueve animales murieron de rabia. La incubación fué corta en los cerdos: de 15 días a tres semanas, y más larga en las vacas: de 34 a 52 días. Y es preciso hacer notar que inmediatamente después de las mordeduras, las vacas habían sido cauterizadas profundamente con hierro al rojo. Después de la muerte de los siete cerdos, Lorda, asustado, partió para París. Como en los casos de Meister y de Jupille, el tratamiento de Lorda obtuvo pleno éxito.

Causas que no son todas ellas conocidas, y entre las cuales se considera las más importantes la gravedad de las mordeduras, el sitio y la naturaleza de los órganos heridos, hacen que la duración de la incubación sea breve o larga. Cuando es muy corta o cuando los mordidos se presentan demasiado tarde, el tratamiento puede carecer del tiempo necesario para producir efecto.

De 1.726 personas que se presentaron en el laboratorio de la Escuela Normal antes del 1.º de noviembre de 1886, el tratamiento no dió resultado sólo en 12 casos, y entre éstos se contaban dos infortunados que llegaron demasiado tarde: 37 días y 43 días después de las mordeduras. Los autores que han estudiado la rabia nos dicen que, en el tiempo en que no se conocía remedio para ella, de 10.000 personas mordidas, por lo menos 1.600 eran atacadas por la terrible enfermedad y morían. Dada esta proporción, en un grupo de 1.726 mordidos, habría debido haber, por lo menos, 276 muertos: hubo sólo 12; por consiguien-

te, por lo menos 264 personas habían sido salvadas de la rabia.

Esta nueva conquista de Pasteur fué acogida con entusiasmo. Una suscripción abierta para la creación de un establecimiento de vacunación contra la rabia produjo 2.586.680 francos. Este establecimiento, erigido en París, calle Dutot, y llamado Instituto Pasteur, por la gratitud pública, fué inaugurado el 14 de noviembre de 1888. Pasteur decía que no había en esa casa ni una piedra que no fuese el signo material de una idea generosa. Entró en ella con salud quebrantada y, según su expresión, un poco melancólica, como hombre «venido por el tiempo», pero con la alegría magnífica de ver su obra segura de sobrevivirle y de continuar y multiplicar su obra bienhechora.

XV

El jubileo de Pasteur.—Sus últimos días.—En 1892, hombres de ciencias de todos los países se congregaron con los discípulos de Pasteur para festejar el octogésimo aniversario de su nacimiento. Fué la inolvidable ceremonia realizada en el gran anfiteatro de la Sorbona y presidida por Carnot, presidente de la República. Uno de los asistentes ha escrito al respecto: «Todos aquellos que la presenciaron experimentaron una de las alegrías más profundas y más generosas de su vida. El alma de Francia pasó por esa asamblea conmovida por los sentimientos más nobles y desinteresados: la admiración y la gratitud».

Pasteur no tuvo, en sus estudios sobre la rabia, ningún precursor. Sus descubrimientos en ese dominio inexplorado se siguen y se encadenan con un rigor perfecto y parece, cuando se lee la breve reseña de ellos, que se presentaron naturalmente. Sin embargo, costaron cinco años de trabajo tenaz. Pasteur tuvo contradictores apasionados. Pero él empezaba de nuevo los experimentos que no le satisfacían por entero.

Ese esfuerzo le agotó. Su colaborador Roux escribía: «Soportó mejor el trabajo obstinado del período de las investigacio-

nes que las emociones del triunfo. Desde que fueron aplicadas al hombre las inoculaciones preventivas, perdió la tranquilidad de espíritu. Cada mordido que se presentaba era una preocupación más para él. La presencia de los niños heridos, sobre todo, le causaba una emoción que apenas podía dominar. Cuando se presentaban casos desesperados, contra los cuales todo método era impotente, Pasteur sufría todos los sufrimientos de sus enfermos. Cada visita que les hacía era para él una tortura, y no podía dejar de visitarlos».

Llegó un momento en que Pasteur tuvo que renunciar a los trabajos de laboratorio, lo que le ocasionó una gran tristeza. Sus fuerzas disminuían cada vez más; dejó de existir el 28 de setiembre de 1895.

Cuando, llegados al término de esta historia, tratamos de abarcarla de una mirada, admiramos que tantos trabajos y tan importantes hayan tenido cabida en el curso de una vida humana. Buscamos, en vano, una obra comparable a la de Pasteur, a los descubrimientos a que debemos los más grandes beneficios.

INSTITUCION

IN MEMORIAM

DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS (1)
por John dos Passos

Doce días son pasados
después que el Cid acabara;
aderézanse las gentes
para salir a batalla
con Búcar, ese rey moro,
y contra la su canalla.

Cuando fuera media noche,
el cuerpo así como estaba
le ponen sobre Babiaca,
y al caballo lo ataban.

Y cuando el ejército salió de Valencia,
los moros del rey Búcar huyeron ante el

(1) Extracto del capítulo titulado «Dos profesores universitarios» (D. Francisco Giner y D. Miguel Unamuno) del libro *Rosinante to the road again*, por John dos Passos.—New York.

cadáver del Cid, y diez mil se ahogaron al tratar de refugiarse en sus naves, entre ellos veinte reyes, alcanzando los cristianos tal botín en las tiendas, que los más pobres se convirtieron en ricos. Luego el ejército prosiguió. El cadáver del Cid, cabalgando todos los días, viajó sobre su caballo, a través de las áridas montañas, hasta San Pedro de Cardeña, en Castilla, adonde el rey Don Alfonso había llegado desde Toledo, y viendo la cara del Cid todavía tan hermosa y sus barbas tan largas y sus ojos tan brillantes, mandó que en lugar de encerrar el cadáver en un féretro con clavos de oro, lo sentasen en una silla junto al altar, con su espada Tizona en la mano. Y allí estuvo más de diez años.

Mandó que no se enterrase,
sino que el cuerpo arreado
se ponga junto al altar
y a Tizona en la su mano;
así estuvo mucho tiempo,
que fueron más de diez años.

En lo alto del puerto, la gente estaba patinando. Sobre la nieve endurecida del camino había cáscaras de naranja. Por él avanzaba un carruaje conduciendo una pomposa y aburrida pareja, muy forrada en pieles.—¿A qué parte del mundo van éstos?—Al Puerto de Navacerrada, contestó mi amigo.—Pero parece que estarían más a gusto tomando el té en Casa de Molinero que ascendiendo sobre la nieve.—Sin duda alguna; pero ésta es la moda... deporte de invierno... y todo porque un hombre pequeño, delgado y moreno, que murió hace dos años, amaba las montañas.—¿Quién era ese hombre?—Don Francisco Giner.

Aquella tarde, cuando ya anocheecía, descendíamos ateridos de frío, azotados nuestros rostros por la nieve, a través de los ventisqueros de una ladera de Siete Picos, envueltos en niebla y sin más guía que las huellas de un rebaño de ovejas. La luz de una cabaña trazó una gran pincelada anaranjada sobre la falda del monte. Una vez dentro de ella, nos despojamos de nuestras botas y medias y calentamos los pies en una gran hoguera, alrededor de la cual,

las caras encendidas, brillando los dientes por la risa, escolares y universitarios gritaban y declamaban, envueltos en un aroma de té y ropas mojadas. Un joven de pelo rubio me contó una historia en francés acerca del emperador de Marruecos y me enseñó un cacharro de lata que dijo pertenecía al ajuar privado de dicho personaje. Inagotables mares de té hervían sobre el hogar en dos marmitas ennegrecidas por el humo. A la parte de atrás de la casa, entre sombras oscilantes, había montones de *skis* y la puerta se abría de vez en cuando para dar paso a una nevada figura que de nuevo cerraba y volvía a patinar sobre la nieve. Todos estaban llenos de una enorme alegría. Súbitamente llegó luego la hora del tren y recorrimos los kilómetros que nos separaban de la estación descendiendo con estrépito por el camino pedregoso.

En el vagón de tercera clase, la gente cantaba mientras el tren recorría su vía hacia la llanura en dirección de Madrid. La persona que iba sentada junto a mí me preguntó si yo sabía que era D. Francisco quien había construido aquella casa para los niños de la *Institución Libre de Enseñanza*. Poco a poco me fué contando la historia de los krausistas, de Francisco Giner de los Ríos y de la revolución de 1873, una historia bastante semejante a muchas otras en los anales del movimiento educativo del siglo XIX; pero en sus matices tan íntimamente español e individual, que vino a ser la explicación de muchas cosas que habían causado mi admiración, y me hizo comprender algunos de los orígenes de una especial mentalidad que había observado en la gente que conocí en Madrid.

Hacia la mitad del siglo pasado, un profesor de la Universidad Central, Sanz del Río, fué pensionado por el Gobierno para estudiar Filosofía en Alemania. España se encontraba todavía en el letargo intelectual que siguió al fracaso de las Cortes de Cádiz y restauración de Fernando VII. Una década o algo más antes, Larra, la última llamarada de la revolución romántica, se había suicidado por amor, en Madrid. Ya en Alemania, en Heidelberg, Sanz del Río halló que acababa de morir Krause, el ar-

cipreste que estableció la interpretación entre Kant y el mundo.

Cuando regresó a España se negó a volver a ocupar su cátedra en la Universidad, diciendo que necesitaba algún tiempo para reflexionar sobre sus problemas, y se retiró a una habitación pequeña con una ventana, en el pueblo de Illescas, donde estaba otro estudiante, San Ildefonso, del Greco. Allí vivió recluso varios años. Cuando volvió a su plaza de la Universidad se negó a hacer la profesión política y religiosa exigida por cierto ministro llamado Orovio. Por este motivo fué, con varios de sus discípulos, despojado de su cátedra. Al mismo tiempo, Francisco Giner de los Ríos, joven entonces que acababa de ganar una cátedra con gran dificultad, a causa de sus ideas liberales, la renunció por solidaridad con los demás. En 1868 venció la revolución liberal, que era la expresión política de este movimiento total, y todos estos profesores fueron restablecidos en sus cargos. Hasta la restauración de los Borbones en 1875, España fué una colmena de modernización, de europeización.

Al retornar al poder Orovio, sin pérdida de tiempo, volvió a publicar su decreto de profesión de fe. Giner, Azcárate, Salmerón y otros varios fueron detenidos y confinados en castillos lejanos en cuanto formularon su protesta; sus amigos manifestaron su simpatía por ésta y perdieron sus cargos, y tantos otros dimitieron, que la Universidad se vió en un soplo despojada de sus mejores hombres. De aquí nació la idea de fundar una Universidad libre que pudiese sostenerse completamente por suscripción privada. Desde aquel momento, la vida de Giner de los Ríos estuvo completamente ligada al desarrollo de la *Institución Libre de Enseñanza*, la cual se convirtió en el trascurso de pocos años en una escuela primaria de coeducación. Y directa o indirectamente, no hay una sola figura eminente en la vida española contemporánea cuyo desarrollo no haya sido influido ampliamente por este viejecito calvo y moreno, de blanca barba, cuyo retrato se encuentra sobre la mesa de trabajo de tantas personas.

...Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama

escribió su discípulo Antonio Machado—y creo, desde luego, que Machado es el discípulo cuyo nombre vivirá por más tiempo - a la muerte de D. Francisco, en 1915.

...Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas.
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

He aquí fragmentos de una elegía de Juan Ramón Jiménez, otro poeta discípulo de D. Francisco:

«Don Francisco... Parecía que hubiese ido encarnando cuanto hay de tierno y de agudo en la vida: la flor, la llama, el pájaro, la cima, el niño... Ahora, tendido en su lecho, cual un río helado que corriera por dentro, es el camino claro para el recorrido sin fin... Fué como la estatua viva de sí mismo, estatua de tierra, de viento, de agua, de fuego. De tal modo se había librado de la escoria cotidiana, que, al hablar con él, se creyera que habláramos con su imagen que tornara a nosotros fiel y perdurable. Sí. Se diría que no iba ya a morirse; que hubiese pasado, sin saberlo nadie, por la muerte, y que estaba para siempre, como un alma, con nosotros.

.....

»En la puertecita de la alcoba se siente ya el bienestar. Una senda de olor a romero y violetas, que con el aire del balcón abierto va y viene, conduce, como de una blanda mano, hasta el que descansa... Paz. La muerte sólo le ha trocado el color, con una violada veladura de ceniza.

»¡Qué suave huele y qué buena cara tiene aquí la muerte! No esas agudas esencias odiosas, ni el exorno de negrura y de oropel. Albo es todo esto y pulcro, como

una casita del campo andaluz, como el en-
calado portal de un paraíso del mediodía.
Y todo igual que estaba. Sólo que el que
estaba se había ido.

.....
»Se va el día con un vientecillo afilado,
que se trae un envío de la primavera. En
los cristales se copian confusamente unas
nubes rosas. El mirlo, el mirlo que él oyera
50 años y que hubiese querido seguir
oyendo muerto, ha venido a ver si lo oye.
Paz. La alcoba y el jardín luchan mansa-
mente con sus claridades: la albura de la
alcoba vence y se derrama, exaltándose,
por toda la tarde. Un gorrión friolero sube
a una mancha instantánea que el sol pinta
en la cima de un árbol cercano, y pía casi
dentro. En la penumbra de abajo silba otra
vez el mirlo. De vez en cuando, parece
que se oye la voz que ha callado para
siempre...

»¡Ay! ¡qué a gusto se está aquí! Es como
cuando se sienta uno en una fuente, como
cuando se lee bajo un árbol, como cuan-
do se deja uno llevar de la onda por un
poético río... Y se sienten ganas de no
irse nunca, de abrir hasta lo infinito, como
rosas blancas, estas horas blancas, puras,
plenas; de quedarse prendido a este imán
de candor, en el crepúsculo eternizado de
esta última lección de austeridad y de her-
mosura.

.....
«Cementerio civil», dice en la verja, para
que se sepa; frente al otro letrero: «Ce-
menterio católico», para que se sepa tam-
bién».

»El no quería que le enterrasen en este
cementerio, tan contrario a la poesía risue-
ña, jugosa y florida de su espíritu. Pero ha
tenido que ser así. Ya oirá los mirlos del
jardín familiar. «Después de todo—dice
Cossío—, creo que no le disgustará estar
un ratito con D. Julián...»

»Manos solícitas han quitado humedad
a la tierra con romero; sobre la caja han
echado rosas, narcisos, violetas. Viene,
perdido, un aroma de ayer tarde, un poqui-
to de la alcoba a la que quitan tanto...»

»Silencio. Sol débil. Unos nubarrones
con viento arrastran por nosotros grandes

sombras heladas, que atraviesan, volando
bajo, las negras grajas. Al fondo, Guada-
rrama, excelsamente casto, se levanta en
despejados montones cristalinos de cuaja-
da luz blanca. Algún fino pajarillo trina un
punto en el sembrado vecino que ya ver-
dea vagamente; luego viene a la corona
de lata de una tumba, y se va...

»Ni impaciencia, ni cuidados; lentitud y
olvidos... Silencio... En el silencio, la voz
de un niño que pasa por el campo, un so-
llozar que ha ido a esconderse entre los
sepulcros, el viento, el viento largo de es-
tos días..

»He visto a veces apagar el fuego con
tierra. Innumerables lengüecillas la tala-
draban por doquiera.. Un discípulo alba-
ñil, alma fuerte, le ha hecho a este fuego
apagado su palacio de barro, en el pedazo
de tierra que guardaban dos amigos, entre
ellos, para él. Tiene un evómimo joven y
sano, a la cabecera; y a los pies, ya brota-
da por la primavera que llega, una acacia...»

En los alrededores de El Pardo, los ro-
bles, las encinas siempre verdes, están
desparramadas acá y allá, con sus apreta-
das copas redondas de verde azulado,
sobre colinas que en el verano son amari-
llentas como las ancas de los leones. De
Madrid a El Pardo era uno de los paseos
favoritos de D. Francisco, pasando por de-
lante de la cárcel, donde, sobre la puerta,
hay un eco de enseñanza que dice: «Odia
el delito, pero compadece al delincuente»;
pasando por el palacio de la Moncloa con
sus soberbios jardines abandonados y a lo
largo del Manzanares por una carretera
que atraviesa la posesión real, donde hay
guardabosques con escopetas y se ven le-
treros diciendo: «Cuidado con los cepos»;
subiendo luego una pequeña colina desde
donde se ve la Sierra del Guadarrama des-
tacándose sobre el cielo hacia el norte, ver-
dosos picos nevados sobre amplia base azu-
lada, y todo el primer término, terreno
accidentado y lleno de grupos de encinas;
y al fin, en el pueblecito de El Pardo, con
sus cuarteles y su convento y sus árboles

planos frente al palacio construído por Carlos V. Y allí sentado bajo una encina próxima a El Pardo, pasé yo toda una larga mañana leyendo, en diferentes revistas y libros, sobre la teoría del derecho, la vida y opiniones de D. Francisco. En los momentos en que el sol brillaba, el calor hacía desprender, todo a mi alrededor, picante vaho de las matas de viscosos cistus cubiertos de blancas flores. Una fresca ráfaga de viento trajo luego una frialdad de nieve de las montañas y unas lejanas fragancias indefinibles. A intervalos, de un modo fastidioso e inoportuno, sonaba la campana del convento de la colina opuesta. Yo leía un párrafo sobre el concepto filosófico del monismo, devanándome los sesos con frases como ésta: «Y su ferviente amor por la naturaleza hacía al maestro evocar de cuando en cuando en clase esta bella imagen del gran poeta y filósofo Schelling». El hombre es el ojo con que el espíritu de la naturaleza se contempla a sí mismo, y luego de haber calificado con una frase la expresión de Schelling, se volvía contra aquellos que ven en la naturaleza una manifestación de lo tosco, lo grosero, lo instintivo, haciendo meditar sobre el dicho de Michelet: «La tela tejida por un tejedor es tan natural como la que teje una araña. Todo está en un Ser, todo está en la Idea y por la Idea, entendiendo ésta en el sentido en que ha sido interpretada por el sustancialismo platónico...»

Entre la hierba, bajo mi libro, había brillantes hojas de musgo, entre las cuales unas hormigas rojas, muy pequeñas ejecutaban prodigios de alpinismo, mientras, a través de largos túneles, otras hormigas negras pasaban secretamente, brillando cuando las hería la luz. El aroma de los cistus era intenso, caliente, lleno de especias, como las estrechas calles de una ciudad oriental por la noche. En la lejanía, las montañas se agrupaban en zonas superpuestas: aceitunada, verde, azul prusia, ultramar, blanco de nieve. Una ráfaga de aire frío volvió las páginas del libro: «Pensamientos y pasión, reflexión e instinto, sentimientos, emociones, impulsos colaboran en el poder del hábito que se revela,

no en palabras expuestas y promulgadas en relación a una conducta futura, sino en el acto mismo, tácito, presupuesto o de acuerdo con la enérgica expresión del *Digesto: rebus et factis.*»

Sobre *factis* saltó una pequeña mosca verde y púrpura con el cuerpo encorvado hacia la cola. Supuse vagamente si sería una mosca de mayo. Y entonces, de un modo súbito, vi claramente que estos libros, estas polvorientas frases filosóficas, estos artículos necrológicos de personas autorizadas estaban oscureciendo la leyenda en mi espíritu y extrayendo el brillo del choque indirecto, pero extraordinariamente personal, del hombre mismo. Ellos embalsamaron al Cid y lo sentaron en la iglesia con su espada en la mano, para que todos los hombres lo vieses... ¿Qué especie de leyenda hubiera engendrado en el espíritu del hombre una disquisición técnica por el arzobispo sobre la teoría del Cid en el ángulo de los matabacanes? Y un santo o un soldado o un fundador de instituciones, ¿qué puede dejar tras sí que sea duradero sino una leyenda? Ciertamente no es por los franciscanos por lo que se recuerda a Francisco de Asís.

Y lo curioso en la leyenda de una personalidad es que puede alcanzar el mayor fervor sin ser formulada. Es algo por sí mismo que permanece tras las anécdotas, artículos necrológicos y elegías.

En Madrid, en el entierro de otra de las grandes figuras españolas del siglo XIX, Pérez Galdós, estaba yo en la acera al lado de un joven de boca grande, cara aplastada como de sapo, que sostenía un jarro metálico sobre su hombro. El empenachado carro fúnebre y los coches llenos de flores acababan de pasar. Delante de nosotros, la calle era una corriente pausada de gente muy silenciosa, restregando los pies en el suelo, pies con zapatos de cuero salpicados de barro, pies con zapatos de punta cuadrada, puntiagudos, en alpargatas, sandalias de lona; la gente, situada a ambos lados de la calle, parecía incapaz de resistir a la succión del cortejo y se unía a él espontáneamente, sin ostentación, para seguir, siquiera por unos momentos, la

procesión de la leyenda de D. Benito. El muchacho de la leche se volvió hacia mí y me dijo que tenía suerte en que se celebrase entonces el entierro de Galdós, pues así tenía una excusa, por ser tarde para la leche. Luego, de repente, se quitó la gorra, y, enormemente excitado, empezó a ofrecer cigarrillos a todos los que estaban alrededor de él. Se rascó la cabeza, y dijo con la voz de un Saulo herido en el camino de Damasco: «¡Cuántos libros había escrito este señor!... Da pena que se muera un señor como éste...» y echándose al hombro su garrafa, su blusa azul flotando al viento, se unió a la procesión.

Como el muchacho de la leche me veo a mí mismo uniéndome a la procesión de la leyenda de Giner de los Ríos. Aquella mañana, al pie de la encina, cerré completamente los volúmenes sobre la teoría de la ley y las revistas con sus artículos necrológicos, y los dejé a mis pies; contemplé las amarillentas lomas de El Pardo y pensé en aquel hombre pequeño, delgado y calvo, con barba blanca como la del retrato de Covarrubias del Greco; que había enseñado a una generación a amar los tremendos contornos de su país, a trepar por las montañas y bañarse en fríos torrentes; que fué el primero, al parecer, en sentir la belleza trágica de Toledo; que en el curso de una vida de animoso y discreto trabajo, procuró marcar a todos los hombres y mujeres cuyas vidas tocaron remotamente a la suya con el sello de su personalidad. Nacido en Ronda, en la parte más agreste de Andalucía, de una familia que vino de Vélez Málaga, ciudad blanca próxima al mar en la rica orla de Sierra Nevada, tenía la agilidad mental, la escéptica tolerancia y el excelente buen carácter de aquella región, combinado con la sobriedad y fortaleza de un montañés. Su puritanismo viene a ser una parte definida del credo de las descontentas generaciones llenas de esperanzas que van gradualmente trasformando, para mejor o para peor, a España. Su nostalgia de los fiordos del norte, donde los abetos se inclinan sobre las negras aguas del mar, de las gentes rubias, alegres, tranquilas, en ciudades rectangu-

lares de tejas azules, viene a ser el evangelio de la europeización, de la total destrucción de todo lo que es individual, salvaje, africano, en la tradición de España. *Rebus et factis*. Y sin embargo, ninguna de estas cosas ni ninguno de estos hechos sirven mucho para explicar el peculiar resplandor de su memoria, el alegre cariño con que la gente habla de él. La inmanencia del hombre es tal, que hasta un extraño, uno que, como el muchacho de la leche del entierro de Galdós, tropieza con la procesión accidentalmente, con otras preocupaciones en la cabeza, se siente atraído casi sin saberlo. Es imposible pensar en él, en una caja en tierra sin consagrar en el *Cementerio Civil*. En Madrid, en el pequeño jardín de la *Institución*, donde él acostumbraba a enseñar a los niños, ante el liberal fuego de cierta casa de El Pardo, donde dicen que le gustaba sentarse a conversar, casi me parece que voy a tropezarme con él, que algún amigo va a querer llevarme a verle, como llevaban a la gente a ver al Cid en San Pedro de Cardena.

Cara tiene de hermosura
muy hermosa y colorada;
los ojos igual abiertos,
muy apuesta la su barba.
Non parece que está muerto,
antes vivo semejaba.

CORPORACION DE ANTIGUOS ALUMNOS

Cuenta de ingresos y gastos correspondiente al año 1922, leída y aprobada en la sesión del 18 de abril de 1923.

INGRESOS

	Pesetas.
Saldo anterior (1)	2.978,50
Recaudado durante el año.....	2.409
Devuelto por un profesor, importe total del anticipo que recibió de la Corporación	1.201
TOTAL.....	<u>6.588,50</u>

(1) Véase el número 744 del *BOLETÍN*, correspondiente a marzo de 1922.

GASTOS

	Pesetas.
Auxilio de 100 pesetas mensuales a la Institución.....	1.200
Lápida para la tumba del profesor D. Edmundo Lozano.....	430,35
Donativo de cinco pesetas mensuales a la Sociedad «Fraternidad Cívica».....	60
Donativo de 10 pesetas mensuales a la Biblioteca circulante de los alumnos de la Institución.....	120
Donativo de dos pesetas mensuales al Protectorado del Niño Delincuente.....	24
Donativo de 25 pesetas mensuales a la viuda de un profesor de la Institución.....	300
Donativo para la suscripción organizada por <i>El Sol</i> a favor de los niños rusos.....	250
Donativo para la obra de M. Sluys en beneficio de los huérfanos belgas.....	100
Donativo para el homenaje a Ramón y Cajal.....	100
Donativo para la Colonia de vacaciones.....	1.000
Donativo para la Casa de la Sierra.....	500
Suscripción al <i>Boletín de la Federación Abolicionista</i> (10 francos suizos).....	12,50
A Román Serrano, por cobranza...	125
Talonarios para recibos.....	43,50
Gastos de correo.....	2,25
TOTAL.....	4.267,60
<i>Saldo a favor de la Corporación..</i>	<u>2.320,90</u>

El Tesorero, JOSÉ ONTAÑÓN Y VALIENTE.
V.º B.º: El Presidente, MARQUÉS DE PALOMARES DE DUERO.

LIBROS RECIBIDOS

Longinos Navas (R. P.).—*Insectos de Fernando Poo*.—Barcelona, Museu de Ciències Naturals de Barcelona.

Noguera López (Joaquín).—*Tragedias nacionales (La enseñanza)*.—Guadalajara, Imp. Gutenberg, 1923.—Don. del autor.

Instituto de Reformas Sociales.—*Adap-*

tación del régimen de la jornada de ocho horas a los servicios ferroviarios. Madrid, Minuesa, 1922.—Don. del Instituto.

Idem.—*Legislación extranjera sobre jornada de ocho horas*.—Madrid, Minuesa, 1922.—Don. de ídem.

Idem.—*Memoria general de la inspección del trabajo correspondiente al año 1920*.—Madrid, Minuesa, 1922.—Don. de ídem.

Idem.—*Legislación del trabajo. Legislación. Proyectos de reforma, 1921*.—Madrid, Minuesa, 1922.—Don. de ídem.

Idem.—*Estadística de las huelgas. Memoria de 1919 y resumen estadístico comparativo del quinquenio 1915-1919*.—Madrid, Minuesa, 1922.—Don. de ídem.

Idem.—*Avance estadístico de huelgas correspondiente al primer semestre de 1922*.—Madrid, Editorial bética, 1922.—Don. de ídem.

Idem.—*Las huelgas de ferroviarios españoles. Setiembre de 1921, agosto de 1922*.—Madrid, F. Samarán, 1922.—Donativo de ídem.

Idem.—*Huelga de los obreros molineros arroceros de Valencia*.—Madrid, Minuesa, 1922.—Don. de ídem.

Idem.—*Informe sobre la Real orden de 14 de enero de 1922, acerca de los acuerdos de la Conferencia Internacional del Trabajo, de Ginebra*.—Madrid, Minuesa, 1923.—Don. de ídem.

Idem.—*Crónica acerca de los conflictos en las minas de carbón de Asturias desde diciembre de 1921*.—Madrid, Minuesa, 1922.—Don. de ídem.

Idem.—*Crónica de la huelga general de obreros metalúrgicos de Vizcaya. Mayo-agosto 1922*.—Madrid, F. Samarán, 1922.—Don. de ídem.

Idem.—*Legislación sobre Asociaciones, leyes y proyectos de ley sobre el derecho de asociación y sobre asociación obrera*.—Madrid, Minuesa, 1922.—Don. de ídem.

Imp. de Julio Cosano, suc. de Ricardo F. de Rojas.
Torija, 5.—Teléfono M 316.